

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

LA DAMA DE LOS CIEN CUCHILLOS

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

PRIETO MURIANA

—¿Por qué tuvieron que matarla?

—El castillo y las tierras no caben en una maleta.

Se quedó perplejo ante aquella sibilina respuesta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Los penetrantes ojos del anciano se clavaron en su rostro.

—Hay en el castillo una joya de enorme valor, lo que pasa es que nadie sabe dónde está. Bueno, el conde sí lo sabía y, presumiblemente, también su hija. Y, para mí, eso es lo que están buscando.

—¿Una joya? —Se asombró el joven.

—Sí, la corona de una Virgen. No sé de dónde es, pero la trajo el conde cuando acabó la guerra. ¿Sabe?, era de ellos, de los nazis, usted me comprende, y aunque no le hicieron nada, no fue precisamente de los que quedaron pobres. Cuando pasó la marea, vendió algunas joyas y mejoró las tierras. Pero la mejor de todas está allí, en el castillo.



Clark Carrados

La dama de los cien cuchillos

Bolsilibros: Selección Terror - 403

ePub r1.0

xico_weno 22.11.15

Título original: *La dama de los cien cuchillos*
Clark Carrados, 1980

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

El tren se detuvo, entre resoplidos de la locomotora y tintineos de enganches, pero sólo un pasajero se apeó en la pequeña estación. Con la mochila al hombro, Derek Ardmore se volvió un instante para contemplar el convoy.

Parecía de juguete. Estaba compuesto por una locomotora-ténder, un furgón y dos encantadores vagones de viajeros, pintados de blanco y rojo. Era un ferrocarril de vía estrecha, superviviente de épocas que ya estaban sumidas en el olvido. No obstante, seguía prestando servicio, porque los turistas gustaban de viajar en él y los alemanes, se dijo Ardmore, no habían querido suprimir algo que era casi tan atractivo como la catedral de Colonia.

El jefe de la estación agitó la banderita, tocó el pito y la locomotora silbó. El maquinista dio vapor, se oyeron unos resoplidos y las bielas impulsaron a las ruedas. Poco a poco, el tren se puso en movimiento y empezó a ganar velocidad.

Ardmore permaneció en el andén, hasta que el diminuto convoy se hubo perdido al otro lado del puente sobre el Haar, entrando en la curva próxima. Luego, maquinalmente, se ajustó la mochila al hombro y salió de la estación.

El maquinista y los dos empleados le contemplaron con moderada curiosidad. Luego volvieron a su relativamente descansado trabajo.

Kettmaringen estaba a medio kilómetro de la estación. Era un pueblo pequeño, muy pulcro, con casas de vigas vistas y tejados picudos. A Ardmore le pareció la ilustración gráfica de un cuento de hadas.

Al otro lado del pueblo, sobre una casi negra montaña, tanto por las rocas que la formaban, como por los abetos que crecían en las laderas, estaba el castillo de Marienberg.

Era una construcción sólida, aparentemente pesada, pero con la

gracia suficiente como para hacer atractiva su contemplación. El elemento más decorativo era la torre principal, una enorme construcción cilíndrica, rematada en un agudo pico y situada en el extremo Norte, justo sobre el precipicio que se abría en aquel lado.

El castillo estaba a unos mil metros de la población, al otro lado. Ardmore pudo ver el camino que serpenteaba por la falda de la montaña, entre los abetos, hasta la puerta principal. Luego usaría aquel camino, se dijo.

El pueblo estaba algo más bajo que la estación. Por el lado Oeste corrían las aguas tumultuosas del Haar. El tiempo era magnífico. Estaban en el mes de junio y el panorama resplandecía bajo un sol que cegaba a la vista, brillando en un cielo sin nubes.

Para Ardmore, sin embargo, aquel cielo estaba completamente negro. Había ido a buscar a una persona en Kettmaringen y tenía el presentimiento de que no la encontraría… viva.

Avanzó con paso mesurado, cruzándose con un par de personas, que apenas si le concedieron una mirada. Un poco más adelante, vio a una mujer joven y la pareció que tenía los ojos llorosos.

De repente, oyó el llanto de un niño de pocos meses.

Volvió la cabeza. En aquella casa había una ventana abierta. Alguien la cerró precipitadamente. Ardmore dejó de oír las quejas del chiquillo.

Una mujer de no más de veinte años le miró a través de los vidrios. Ardmore creyó ver en sus ojos señales de terror.

Siguió andando. A los pocos minutos vio la muestra de un hotel.

Entró. Llegó al mostrador y tocó la campanilla.

Un hombre apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Buenas tardes —saludó Ardmore cortésmente—. Deseo una habitación.

—Lo siento, señor; están todas ocupadas —contestó el hombre.

Las cejas de Ardmore se levantaron en el acto.

—¿Es posible? —Se sorprendió.

El hotelero sonrió.

—Pues… ya ve, señor; hemos tenido muchos turistas y…

Ardmore tendió los ojos hacia el comedor, situado al fondo, y totalmente vacío en aquellos instantes. Era la hora del almuerzo y debería estar lleno de gente.

—Los turistas están de paseo, señor —se apresuró a aclarar el dueño del hotel.

—Muy bien, tendré que resignarme a buscar otro alojamiento…

—Lo siento, señor; éste es el único hotel de Kettmaringen.

Hubo un momento de silencio.

Ardmore y el hotelero se contemplaban recíprocamente. «Estás mintiendo», pensó Ardmore. Pero ¿cómo demostrarlo?

Sonrió.

—Disculpe las molestias.

—De nada, señor. Repito que lo siento…

—¡Adiós!

Ardmore salió de nuevo a la calle.

Tendió la mirada hacia el castillo. Era joven, robusto y no era la primera vez que pasaba una noche al raso. Aunque había una solución.

Un poco más allá, divisó casi juntas las muestras de una taberna y de una tienda. Entró en la taberna y pidió una jarra de cerveza.

Era el único cliente en aquellos momentos. Una muchacha joven, de grandes senos, le sirvió en silencio.

Al cabo de un momento, Ardmore se quitó la mochila.

—Voy al castillo —anunció—. ¿Puedo dejarla?

—Sí, señor.

—Gracias.

Pagó la cerveza, añadió una propina y salió a la calle, metiéndose en el almacén a continuación.

—Deseo una tienda de campaña —dijo al hombre que se acercó a servirle.

—Si no es muy grande…

—Bastará que pueda alojarme en su interior. También quiero un saco de dormir y una mama.

—Tenemos de todo, señor —dijo el comerciante.

Un cuarto de hora más tarde, Ardmore había elegido los artículos y pagado su importe.

—¿Se lo lleva ahora, señor? —preguntó el tendero.

—De momento, si no tiene inconveniente, lo dejo aquí. Volveré más tarde.

—Bien, señor.

Ardmore salió a la calle. Eran apenas las dos de la tarde y, sin

embargo, reinaba un silencio sepulcral en el pueblo.

Mientras avanzaba en busca del camino que conducía al castillo, notó que era espiado desde el interior de las casas. «Un día tan hermoso y ni una ventana abierta. ¿Por qué?», se preguntó.

El ambiente, pese a la luminosidad del día, le pareció lúgubre, nada atractivo. Y no debía ser así. Ella le había hablado tantas veces de su pueblo natal, de su belleza, de su amabilidad y simpatía de las gentes…

¿Qué ocurría en Kettmaringen?

Un poco más adelante, pasó por delante de un edificio aislado, con jardín alrededor. Había en la puerta una muchacha de poco más de veinte años, rubia, muy esbelta, de ojos grandes, con hermosas pupilas azules. Para verle mejor, la joven se puso una mano sobre los ojos. El gesto reveló los senos, breve, bien formados, de contornos llenos de encanto.

Pero la joven no sonreía. Ardmore le hizo una ligera inclinación de cabeza, «tienen una bonita, maestra», pensó, porque aquel edificio era la escuela.

Instantes después, entraba en el camino que conducía al castillo.

* * *

El foso había sido cegado muchísimos años antes, pero el puente levadizo se conservaba sobre un trozo dejado deliberadamente en hueco, a fin de conservar el interés artístico del lugar. Atravesó el puente, de sólidas vigas de madera, perfectamente conservadas y llegó ante la gran portalada, de hojas de roble artísticamente talladas.

El animal heráldico de los von Becklendorf había sido reproducido en los cuarterones de la madera y en el enorme llamador: un tigre bicéfalo, alado, con la cola de lanza. Ardmore utilizó el llamador.

Los golpes resonaron atronadoramente al otro lado, multiplicándose en infinidad de ecos. Pasados algunos minutos, la puerta se abrió por las dos hojas.

Un hombre, tremendamente fornido, de casi dos metros de altura, apareció ante la mirada del visitante.

—Señor…

—Soy Derek Ardmore, de Londres. Deseo hablar con la condesa

Irina.

—Lo siento, señor; la condesa no está en el castillo.

—Eso es imposible —protestó el joven—. Ella tiene que estar aquí.

Una voz sonó repentinamente en el fondo del colosal vestíbulo.

—Igor, ¿quién es?

El gigante se volvió.

—El señor Ardmore, de Londres —contestó—. Pregunta por la condesa, señor.

El hombre descendió lentamente del primer piso. Era un sujeto de escasamente cuarenta años, de buena estatura y aspecto agradable, vestido con sencillez.

—Soy Karl Henningsen, conservador del castillo y administrador de la señora —le presentó—. ¿Quiere pasar, señor Ardmore?

—Muchas gracias.

Henningsen se volvió hacia el otro.

—Igor, llévanos algo de beber al salón. Avisa a la señora Rottgen que el señor Ardmore cenará conmigo.

—Bien, señor.

El gigante se marchó. Henningsen tendió una mano, a la vez que sonreía.

—Por aquí, señor Ardmore, hágame el favor —dijo.

El joven siguió a su anfitrión. Entraron en una enorme sala, artísticamente decorada, desde cuyos ventanales se divisaba un panorama excepcional. Igor apareció a los pocos instantes, con una bandeja en las manos.

—Deja, yo serviré —dijo Henningsen.

El gigante se retiró. Henningsen llenó dos copas.

—De modo que ha venido a buscar a Irina —dijo.

—Sí. ¿Dónde está?

Henningsen probó su copa.

—No lo sé —respondió.

—Usted…, su administrador, conservador del castillo…, ¿y no sabe dónde está ella? —dijo el joven, escéptico.

—Lo siento, amigo mío. Irina es una joven muy independiente, voluntariosa, hasta caprichosa diría yo. Vino hace algunos meses, estuvo un par de semanas y se marchó. Dijo que iba a la Riviera francesa, es todo cuanto puedo decirle, amigo mío.

Ardmore miró fijamente al hombre que tenía ante sí.

Por un momento, sintió unos enloquecedores deseos de gritarle a la cara que estaba mintiendo, que nada de lo que le había dicho era cierto, pero, recurriendo a un poderoso esfuerzo de voluntad, logró mantener la calma.

—Y no le ha enviado siquiera una postal —dijo al cabo.

—No, en absoluto. Volverá cuando menos lo esperemos… —Henningsen sonrió—. Lamento que haya perdido el tiempo, viajando desde Londres, pero no cumpliría con mi obligación, si no le dijera la verdad.

Ardmore dejó su copa intacta.

—Agradezco sus atenciones, señor Henningsen —dijo—. Puede que me quede algún tiempo en Kettmaringen. Quizá Irina vuelva antes de lo que espera usted.

—Tal vez, aunque lo dudo mucho. Sin embargo, lamento infinito no poder darle alojamiento en el castillo. A la condesa no le gustan los huéspedes que ella no invita personalmente.

—El tiempo es maravilloso. Acamparé al aire libre. Buenas tardes.

—Creí que iba a quedarse a cenar —dijo Henningsen, sorprendido.

—No quiero abusar de su amabilidad —contestó el joven—. Sin embargo, quizá otro día acepte su invitación.

Dio media vuelta y abandonó el salón. En el vestíbulo divisó a una hermosa mujer de unos treinta y cinco años, que le miró escrutadoramente.

Ardmore hizo una breve inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Igor le abrió y él se encontró en el puente levadizo.

Sus sospechas, se dijo, acababan de confirmarse trágicamente.

Irina había muerto, seguramente, asesinada. Henningsen mentía cuando decía que Irina estaba en la Costa Azul y él tenía las pruebas de todo lo contrario.

Pero si estaba muerta, tenía que encontrar su cadáver, con lo que probaría que había sido asesinada. Y mientras no lo consiguiese, todos sus esfuerzos resultarían inútiles.

CAPÍTULO II

Henningsen contemplaba su copa preocupadamente, cuando entró la mujer.

—Al fin ha venido —dijo ella.

—Sí —contestó Henningsen, con las facciones deformadas por la cólera.

Sandra Rottgen meneó la cabeza.

—¿Crees que ha aceptado tu historia?

—No, pero ¿qué diablos podía decirle? Algo tenía que inventarme, ¿no te parece?

—Cometiste un error, Karl. Apretaste demasiado.

—Me puso furioso. Yo no quería, pero ella se resistía…

De repente, Henningsen lanzó su copa al suelo.

—El caso es que murió sin hablar, maldita sea —añadió, exasperado—. Y no podemos marcharnos sin conseguir lo que tú sabes.

Sandra rió burlonamente.

—Ni siquiera tú sabes dónde está —contestó.

—Ella no quiso decírmelo jamás.

—En su lugar, yo habría guardado silencio también.

—Y estarías muerta… —Henningsen se pasó una mano por la cara—. Por todos los diablos, yo no quería, Sandra, no quería…

Sandra le miró con desprecio.

—Pórtate como un hombre —dijo—. No querías, pero el caso está hecho y debes afrontar las consecuencias. Pero, sobre todo, has de evitar que se sepa la verdad.

—Ya lo estamos haciendo, ¿no?

—Quizá no sea suficiente.

Sandra se acercó a una de las ventanas. Desde allí, podía contemplar la figura del visitante que se alejaba en dirección al pueblo.

—Ése es el enemigo —dijo.
—¿Cómo?
—No conozco los sentimientos de él, pero Irina estaba enamorada. Tú y yo lo sabemos muy bien, y ella le escribía casi a diario. ¿Sabemos si le dijo algo en una de sus cartas?
—Yo las leía todas —exclamó Henningsen.
—Alguna se te pudo pasar por alto.
—Muchas las quemé…
—Pero no todas. Y ése puede ser el verdadero peligro.
—Hay otro, Sandra. ¿Necesito que te diga cuál es?
—No —respondió ella—. Pero por el momento, parece resuelto…
—En tal caso, sólo tenemos que eliminar a ese maldito curioso, ¿no te parece?
—Espera —dijo Sandra—, no te preocupes. Sabíamos que iba a venir y nos hemos prevenido contra su visita. Sin embargo, desconocemos qué ha podido dejar tras él. Viene de Londres, no lo olvides. Quizá dejó un mensaje escrito, para abrir en caso de fallecimiento sospechoso…
—¿Y cómo averiguarlo? —preguntó Henningsen.
Sandra se atusó el negrísimo cabello con ambas manos, gesto que estaba destinado a realzar las voluptuosas curvas de su pecho.
—Puedo ofrecerle… una sabrosa manzana —dijo.
—¿La aceptará?
Ella se acercó provocativamente al hombre.
—Contéstate a ti mismo —dijo.
Henningsen la abrazó con furia devoradora. Sandra se dejó acariciar. Aquel hombre era blanda cera en sus manos, pensó, mientras las manos de Henningsen recorrían codiciosamente su cuerpo. Haría todo lo que ella le ordenase… y cuando llegase el momento, arrojaría la cera a la basura.

* * *

Ardmore montó la tienda en un lugar próximo al arroyo. Cenó sobriamente y se acostó muy pronto. Antes de que saliera el sol, ya estaba en pie.
Las frescas aguas del Haar sirvieron para sus abluciones. Luego empezó a pensar en el desayuno. Tendría que comprarse un

infiernillo y algunos cacharros, se dijo. Para salir del paso, mordisqueó un par de galletas. Luego, con un vaso de plástico, tomó un poco de agua y bebió un par de sorbos.

Cuando terminaba, vio que se acercaba un hombre vestido con uniforme azul, de botones dorados.

El hombre le saludó con un clásico taconazo prusiano, a la vez que se llevaba la mano al casco de policía.

—Buenos días, señor —dijo—. Le ruego perdone mi atrevimiento, pero debo decirle que está prohibido acampar en este sitio. Sin duda desconoce usted las leyes del lugar, pero es así y, por ser la primera vez, no le impondré una multa.

—Lo lamento infinito —contestó Ardmore—. Ignoraba que existiese esa prohibición.

—Y no existe —sonó de pronto una voz femenina, fresca y vibrante—. Agente Pullow, ¿quién le ha dicho que está prohibido acampar en terrenos comunales?

Los dos hombres, vivamente sorprendidos, se volvieron hacia la mujer que acababa de llegar sin ser vista. Ardmore la reconoció en el acto. Era la muchacha que había visto la víspera en la puerta de la escuela.

El guardia enrojeció vivamente.

—Lo… lo siento, señorita Bertha. Cumplo órdenes del alcalde… Me mandó desalojar a este caballero…

—¿Por qué? Nunca se había prohibido a nadie acampar aquí —se extrañó la muchacha.

—Repito que lo lamento. Yo no sé nada, señorita. Simplemente, obedezco…

Ardmore sonrió.

—No se preocupe —dijo—. Buscaré otro lugar para montar la tienda. A propósito, soy Derek Ardmore, de Londres.

Ella le tendió la mano con gesto espontáneo.

—Bertha Hemmer, maestra de Kettmaringen —se presentó.

Pullow volvió a saludar.

—Con el permiso de ustedes, me retiro —anunció—. Informaré al alcalde de que he cumplimentado su orden —volvió a juntar los tacones—. Buenos días, *fraülein* Bertha. Buenos días, *herr* Ardmore.

La muchacha se echó a reír, después de que Pullow se hubo marchado.

—Pobre hombre. La verdad es que es un buen tipo, pero rígido y ordenancista, como buen funcionario alemán. En fin, lamento lo que le ha sucedido, señor Ardmore, pero creo que no puedo hacer nada más en su favor.

—Se lo agradezco infinito, señorita —contestó él—. Desmontaré la tienda y…

Los ojos de Bertha chispearon.

—Suelo pasear muy temprano todas las mañanas; es muy higiénico —dijo—. Pero me parece que en estos momentos, lo que usted agradecería sobre todo es un buen desayuno. ¿Por qué no viene a mi casa y desayuna conmigo?

—No querría ser causa de molestias para usted —contestó Ardmore.

—Oh, en absoluto. Soy maestra, pero no tengo discípulos.

Ardmore la miró sorprendido. De repente, acababa de darse cuenta de algo que había notado raro durante la víspera, sin saber exactamente las causas.

En Kettmaringen no había un solo chiquillo. Sólo aquel de pocos meses, al que había oído llorar apenas desembarcado del tren.

—Están todos de excursión —aclaró Bertha.

—¿Sin la maestra?

—Cuando yo llegué, se habían ido ya. Sucedió anteayer; yo tuve que ausentarme una corta temporada. Mi madre enfermó en Bonn y solicité una licencia. He estado fuera casi tres meses y, claro, el pueblo tuvo que nombrar una maestra suplente.

—Comprendo.

—Deje la tienda; ya volverá a desmontarla más tarde. Quizá podamos convencer al alcalde de que levante esa absurda prohibición. Pero antes llenaremos el estómago, que ya va siendo hora.

Ardmore sonrió. Bertha era verdaderamente simpática.

—Sí, es hora de llenar el estómago —convino.

* * *

—Por aquí no suelen venir muchos turistas —dijo Bertha, después de la última taza de café—. Y menos ingleses.

—De modo que no vienen turistas.

—Muy pocos. El pueblo está muy apartado de las rutas que

anuncian las agencias de viaje. Lo cual, en medio de todo, no deja de ser una ventaja. Más tranquilidad, ¿no le parece?

Ardmore se reclinó en su silla.

—No hay turistas… y el hotel está lleno —murmuró.

Bertha le miró, sorprendida.

—¿Quién le ha dicho tal cosa? —exclamó.

—El dueño. ¿Por qué cree que he dormido en una tienda de campaña, que compré ayer por la tarde?

—¿Egon Zwalfveig le negó hospedaje? —Se asombró la muchacha.

—Como lo oye. Y, según creo, no hay otro hotel en Kettmaringen.

—No, no lo hay. Pero ¡qué extraño! No comprendo cómo Zwalfveig pudo decir una cosa semejante.

—Pues así fue —insistió él—. Claro que si siente fobia hacia los británicos… Tiene edad suficiente para haber estado en la guerra…

—No, no es eso. Zwalfveig no fue nunca un fanático. Como la mayoría de los de su edad, aceptó la derrota y procuró sobreponerse. Tiene que haber otros motivos, aunque, francamente, no lo entiendo.

De pronto, Bertha fijó los ojos en su invitado.

—Señor Ardmore, ¿qué busca usted en Kettmaringen?

Hubo un instante de silencio. Luego, el joven dijo:

—¿Conoce usted a Irina von Becklendorf?

—Sí, aunque no fuimos nunca íntimas. Ahora ella está fuera…

—Nos escribíamos con gran frecuencia. Voy a correr el riesgo de ser inmodesto, pero debo decirle que Irina estaba enamorada de mí.

—Oh… Es una chica verdaderamente atractiva.

—¿Es o era?

Bertha respingó.

—¿Qué quiere decirme, señor Ardmore?

—Antes de contestarle, dígame: ¿qué ha oído sobre la ausencia de Irina?

—Bueno, si le he de ser sincera, no es demasiado apreciada en el pueblo. ¿Sabía usted que Kettmaringen es prácticamente suyo?

—Y eso, ¿tiene algo que ver con los sentimientos de los vecinos hacia Irina?

—Bastante. Muchos consideran que las rentas que se ven

obligadas a pagar son desusadamente altas. Más de uno intentó que se le rebajase la cifra, pero nunca consiguió nada positivo. Irina se negó siempre a hacer la más mínima concesión.

—Sorprendente —calificó Ardmore—. Yo la tenía por una mujer dulce, sensitiva, abierta a todas las sugerencias, capaz de sentir compasión por los desdichados…

—Pues no es como piensa. Tiene un aspecto de ángel, y su corazón, no diré que sea de un demonio, pero sí de piedra.

—Vaya, se ve que uno nunca termina de conocer a las mujeres —dijo el joven chanceramente—. La verdad, ignoraba esa faceta del carácter de Irina. Sin embargo, tiene un administrador, que es también el conservador del castillo. Me refiero al señor Henningsen y pienso que ese hombre podría hacer algo en favor de los habitantes del pueblo.

—Lo dudo mucho. Henningsen es el hombre ideal para cumplir las órdenes de la condesa. Incluso se un par de casos en que ella se inclinaba a la benevolencia, pero Henningsen la disuadió de sus intenciones.

—El ídolo me ha decepcionado un poco, pero no se ha derrumbado todavía. Esperaré a verla, para conocerla un poco mejor y averiguar qué hay de este asunto.

—De modo que ha venido a verla.

—Sí, pero está en la Riviera Francesa… —Ardmore emitió una sonrisa de circunstancias—. No soy hombre de ciertos círculos; mis finanzas no me lo permiten, así que me quedaré aquí hasta su vuelta.

—¿Acampando al aire libre?

—¡Qué remedio! Zwalfveig no quiere darme alojamiento…

Bertha se mordió los labios.

—Me gustaría poder darle hospedaje. Alquilé la casa cuando vine a Kettmaringen y tengo una habitación de sobra, pero una maestra debe mirar por su reputación. Espero que lo comprenda, señor Ardmore.

El joven se puso en pie.

—No tiene que explicarme nada y, además, yo le estoy infinitamente agradecido. Seguiré acampando al aire libre… si el alcalde me deja un sitio libre, claro.

—Vaya a verle en su tienda de forja. Se llama Emil Lanke.

—Lo haré ahora mismo. Gracias por lodo.

Ardmore abandonó la casa. Desde la puerta, tendió la mirada hacia el castillo.

¿Dónde estaba Irina?, se preguntó.

Henningsen le había mentido desvergonzadamente. Irina no había ido a la Costa Azul y él lo sabía perfectamente. Hacía más de tres meses que no tenía carta suya. En el último medio año, Irina había adquirido la costumbre de escribirle un mínimo de dos veces por semana. A veces, le escribía hasta tres cartas. Ahora llevaba todo aquel tiempo sin tener noticias suyas y empezaba a temer lo peor.

Pero estaba decidido firmemente a saber qué le había pasado a Irina y se quedaría en Kettmaringen hasta que lo consiguiera.

CAPÍTULO III

Llegó a la tienda del alcalde y entró sin vacilar. Desde la calle había podido ver, en parte, el taller de forja, donde Emil Lanke realizaba artísticos objetos de hierro, que luego vendía en el local que había en la parte delantera. Algunos eran muy bonitos y de verdadero gusto. No cabía duda de que Lanke era un artista.

La tienda estaba desierta en aquellos momentos. Había una puerta que daba al interior de las dependencias del edificio. A través de ella llegaba olor a carbón ardiendo, procedente de la fragua. De pronto, oyó el timbre del teléfono.

Una idea se le ocurrió en el acto. Dio la vuelta al mostrador y siguió el rastro del sonido. Al otro lado de la puerta trasera, vio un largo corredor, del que llegaban sonidos de martillazos. Un poco más adelante había otra puerta entreabierta.

Asomó la cabeza. Era el despacho privado de Lanke. El teléfono estaba allí, sonando insistentemente. Ardmore cerró la puerta, sacó un pañuelo y levantó el aparato.

—¿Sí?

—Alcalde —sonó una voz irritada—, ¿por qué ha tardado tanto tiempo en contestarme?

El joven reconoció la voz instantáneamente. Interiormente, se felicitó de aquella oportunidad. Hablaba el alemán a la perfección y se dispuso a aprovecharse de la ocasión.

—Dispénseme, señor Henningsen; estaba en la fragua… Con el ruido, me costó mucho oír el teléfono… Pero, dígame, dígame; estoy a sus órdenes.

Supuso que Lanke diría una cosa semejante. Sonrió al darse cuenta de que había acertado.

—Eso es exactamente lo que deseo. Escúcheme bien; vaya a ver a Zwalfveig y dígale que dé alojamiento al inglés. ¿Entendido?

—Sí, señor Henningsen. Pero pensé que usted mismo podría

decírselo…

—Le llamaré más tarde, pero usted debe confirmarle la orden. Eso es todo.

—Sí, señor.

—Oiga, Lanke, ¿qué diablos le pasa en la voz? No parece la suya…

Ardmore fingió un par de estornudos.

—Dispénseme, señor Henningsen; estoy muy resfriado… No sé si acabaré por meterme en la cama. De todos modos, antes irá a ver a Zwalfveig.

—Gracias. Nada más.

—*Jawohl, herr* Henningsen.

Ardmore colgó el teléfono y salió de puntillas. La entrevista con Lanke ya no era necesaria.

El dueño del hotel sabría muy pronto que podría alojarle en su casa. Lo tendría presente en todo momento, se dijo.

Ahora era preciso volver al lugar donde había pasado la noche, para desmontar la tienda y recoger su equipaje. Cuando se hallaba cerca de la salida del pueblo, alguien se le acercó inesperadamente.

—¿Señor Ardmore?

El joven escrutó el rostro de aquella mujer de mediana edad, que en tiempos debía de haber sido muy hermosa.

—Soy Gretchen Müller —dijo ella—. Tengo que hablar con usted, pero ha de ser a la noche. Venga a mi casa, está hacia el sur, en el lado más cercano a la estación. Ya la conocerá pronto; es el número cincuenta y ocho.

—Muy bien, señora Müller, pero ¿no puede anticiparme al menos algo de lo que tiene que decirme?

—No, no —contestó Gretchen, que parecía llena de pánico—. A la noche. Y aunque pasen de las doce, no le importe; lo que interesa es el secreto.

Gretchen llevaba en la mano un cestito de mimbre, del que sacó un par de hermosas manzanas.

—Tengo un pequeño huerto —añadió—. Tómelas; así creerán, si nos miran, que usted me las ha comprado. Son cincuenta *pfennings*…

Ardmore asintió. Buscó una moneda de medio marco y se la entregó a la mujer. Gretchen continuó su camino con paso vivo.

Ardmore reanudó la marcha. El castillo estaba a mil metros de distancia y unos doscientos más alto que el pueblo, dominándolo todo con su mole pétrea.

De pronto, captó un chispazo en una de las ventanas más Hitas.

Fue como si un rayo de sol hubiera incidido en un espejo o en un cristal de la misma ventana, movido al ser abierta una de las hojas. Pero Ardmore empezaba a sentirse suspicaz y presintió que el relámpago procedía de la lente de un aparato óptico, con el que había sido observado desde Marienberg.

Simulando no haber advertido nada, continuó su camino hacia el Haar.

* * *

Zwalfveig, el hotelero, se mostró desusadamente amable, como si tratase de borrar la impresión que le había causado la víspera. Su esposa, Hannelore, se portó asimismo con no menor amabilidad, aunque Ardmore sospechó que era por otros motivos.

Hannelore Zwalfveig era una mujer de unos treinta y cinco años, de pelo muy rubio, trenzado y en rodetes sobre las orejas, con los ojos grandes, acuosos y una cierta expresión de torpeza mental en su rostro. Era rotunda como una *walkiria* y el escote de su blusa campesina permitía ver el nacimiento de dos macizos globos de contornos henchidos y piel blanquísima.

Pero en las pupilas había una chispa de malicia que Ardmore no dejó de percibir. Era una mujer joven y ardiente, casada con un hombre que le pasaba al menos quince años. Tomó nota del detalle.

Una vez alojado, tomó un largo baño. Después se vistió y bajó al comedor a almorzar. Cuando hubo terminado, salió a la calle.

De nuevo tendió su mirada hacia el castillo. La calle estaba en línea recta con el tétrico edificio. A mil metros de distancia, con unos buenos prismáticos, Henningsen no se perdería detalle de cuanto pasaba en el pueblo.

A la izquierda había un bosquecillo de abedules. Se metió allí y caminó durante un par de cientos de metros. Luego, dando un rodeo, se dirigió a la casa de Bertha. Unos setos, que juzgó providenciales, le sirvieron para quedar oculto a la vista de un posible observador del castillo.

Bertha se alarmó al oír que llamaban por la puerta trasera. Al

abrir, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Señor Ardmore! ¿Por qué viene por este lado?

—Tengo la impresión de que me vigilan desde el castillo —respondió él.

—¿Lo cree así?

—Prefiero no correr riesgos. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro… ¿Quiere tomar algo?

—Café, gracias.

—Venga a la cocina, así podremos seguir hablando. Le ocurre algo, ¿no es cierto?

Ardmore sonrió.

—Es usted muy perspicaz, señorita…

—Llámeme Bertha —dijo ella, mientras ponía la cafetera al fuego—. ¿Qué sucede?

—¿Conoce usted a Gretchen Müller?

—Sí. Es viuda de un funcionario del Estado. Su marido murió hace cuatro años y ella, que había nacido aquí, volvió al pueblo. Estuvo luego sirviendo una temporada en el castillo… Es una excelente mujer, pero Henningsen la despidió hará unos tres meses, aproximadamente. ¿Por qué me lo pregunta?

—Gretchen me ha detenido cuando iba a desmontar la tienda. Quiere que vaya a su casa, pero de noche y aunque sean pasadas las doce. Por lo visto, no desea que nos vean juntos.

Bertha se volvió hacia el joven.

—Eso significa que tiene algo importante que decirle —exclamó.

—«Muy» importante —subrayó él—. Y, puesto que usted misma ha dicho que trabajó en Marienberg, es que debe saber algo referente a Irina.

El agua del café empezó a hervir. Bertha preparó las tazas.

—Ya no me cabe la menor duda —dijo—. Derek, ¿puedo pedirle un favor?

—Claro —accedió Ardmore.

—Me gustaría acompañarle.

—No hay inconveniente.

—También yo querría hacer un par de preguntas a Gretchen.

—¿Acerca de…?

Bertha le entregó una taza humeante.

—Hay algo que no acabo de entender. El curso escolar no ha

terminado todavía o yo no habría vuelto a Kettmaringen. Si es así, ¿por qué una excursión con todos los niños de la escuela?

—Lo decidiría la maestra sustituta, supongo.

—Seguramente, pero no me gusta. El alcalde se ha mostrado muy reticente cuando le pedí explicaciones. He hablado con unas cuantas madres y todas ellas parecían rehuirme. No sé qué pasa, francamente y, repito, no me gusta lo que pasa.

—¿Nadie le ha dado explicaciones sobre ese viaje?

—Nadie.

Hubo un momento de silencio. Ardmore terminó el café y dejó la taza encima de la mesa.

—Seguramente, esta noche sabremos qué sucede —dijo al fin—. Pero, en efecto, aquí pasan cosas muy raras. ¿Sabe que ya hay habitación para mí en el hotel?

—¿Cómo lo ha conseguido? —Se asombró Bertha.

Ardmore le explicó el procedimiento. Ella meneó la cabeza.

—Henningsen no es de fiar… y no tengo nada contra él, salvo mi instinto de mujer. Derek, ¿quiere que le diga mi opinión, con toda franqueza?

—Se lo ruego, Bertha.

—Irina ha sido asesinada.

El joven movió la cabeza afirmativamente.

—Pienso lo mismo que usted —dijo.

—Y Henningsen trata de ocultar su crimen…, pero ¿por qué mezclar en ello a algunos de los habitantes de Kettmaringen?

—Bertha, lo sabremos a la noche. Vendré a buscarla poco antes de las doce. ¿Le parece bien?

—De acuerdo.

Ardmore se encaminó hacia la salida trasera. Pero antes de abrir, se volvió hacia la muchacha.

—Bertha, ¿conoce usted a Hannelore Zwalfveig?

Ella sonrió maliciosamente.

—Tenga cuidado —respondió, lacónica.

* * *

El hotel estaba sumido en un completo silencio. Cautelosamente, Ardmore abrió la puerta de su habitación y descendió al vestíbulo. Salió a la calle y caminó con paso vivo hacia la casa de Bertha.

Esta vez, tocó con los nudillos en la puerta delantera. La muchacha se hizo visible de inmediato.

—Estoy lista —dijo a media voz.

Bertha se había cubierto los cabellos con un pañuelo oscuro, anudado bajo la barbilla. Llevaba una chaqueta de lana fina, camisa y pantalones, y se calzaba con unas zapatillas blancas.

—Gretchen se extrañará de verme, sin duda —dijo, mientras caminaban hacia la casa de la señora Müller.

—Le explicaremos lo que sucede —contestó él.

Repentinamente, oyeron ruido de pasos en las inmediaciones.

Ardmore actuó con la velocidad del rayo. Agarró a la muchacha por un brazo y tiró de ella, arrastrándola hasta las sombras protectoras de una pequeña calleja.

Segundos después, pasó un hombre por delante de ellos, corriendo como si le persiguiera el diablo. La luz de la luna iluminó su rostro durante un instante.

Luego, el hombre desapareció en dirección al castillo. Bertha dirigió una mirada de asombro a su acompañante.

—¡Es Igor! —exclamó.

—Es el sirviente del castillo, ¿no?

Ella asintió.

—Parecía tener mucha prisa —observó, aprensiva—. ¿De dónde venía?

Ardmore se sintió aprensivo.

—Será mejor que continuemos —propuso.

Bertha le guió sin dificultad hasta la casa de Gretchen. Ardmore tocó con los nudillos en la puerta.

No hubo respuesta.

—Se habrá dormido —apuntó la muchacha.

Entonces, Ardmore observó que la puerta no estaba cerrada del todo y empujó suavemente.

—Entra, Bertha.

Cruzaron el umbral. Ardmore cerró y sacó su encendedor, para poder encontrar el interruptor de la luz. Cuando lo hubo conseguido, vio que se encontraban en una sala de modesta apariencia, pero muy limpia.

—Señora Müller —llamó a media voz.

Nuevamente recibieron el silencio como respuesta.

—Cada vez me siento más nerviosa —confesó ella.

—¡Gretchen!

Esta vez, Ardmore levantó la voz y casi gritó, pero tampoco consiguió nada.

—Bertha, ¿es aficionada a la bebida? Me refiero a Gretchen, claro…

—No, que yo sepa. ¿Por qué lo dice?

—Pensé que podría haberse tomado unas copas de más, lo cual la habría hecho dormir profundamente. Bien, si no está en casa, tendremos que volver otro día.

—Es no me parece lógico. Gretchen no es mujer que acostumbre a salir a deshoras —dijo Bertha—. Además, ¿adónde podría ir, si no hay siquiera cine? Y no se oye tampoco el televisor en funcionamiento, de modo que la única explicación que cabe es que haya tornado un sedante.

—En tal caso, la despertaremos. Tengo un interés enorme en hablar con ella —declaró Ardmore, a la vez que avanzaba hacia una puerta que daba al interior de la casa.

Abrió resueltamente y encendió la luz.

—Ah, está dormida, como le dije —añadió.

La señora Müller estaba en su cama, cubierta con las sábanas hasta el mentón y tenía los ojos cerrados. Ardmore llamó desde el umbral:

—¡Gretchen!

Pero la dueña de la casa seguía durmiendo. Extrañado, Ardmore avanzó hacia la cama y tocó su hombro.

De repente, notó algo que le hizo sentir un escalofrío. El rostro de Gretchen aparecía completamente exangüe.

Bertha se puso a temblar.

—Ha muerto…

Ardmore agarró las sábanas con una mano y tiró con fuerza. Inmediatamente, dio un salto hacia atrás, horrorizado por el espantoso espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

CAPÍTULO IV

Bertha tenía la boca abierta y los ojos fuera de sus órbitas. No brotaba ningún sonido de su garganta, pero Ardmore se dio cuenta de que estaba a punto de lanzar un alarido.

Era preciso evitar ruidos. Saltó hacia la muchacha y tapó su boca con una mano. Luego la hizo girar en redondo.

—No vuelva a mirar —dijo.

El cuerpo de Bertha estaba sacudido por violentos estremecimientos. Ardmore la condujo hasta la sala y la hizo tomar asiento en una silla, junto a la mesa.

Buscó con la vista. En una alacena acristalada divisó una botella. Era de «kirsch», pero pensó que también serviría. Llenó una copa y la puso en manos de Bertha.

El cristal tintineó al entrechocar con sus dientes. Bertha hizo un esfuerzo y consiguió que el licor llegase a su estómago. Ardmore también se sirvió otra copa.

—Siga aquí —dijo.

Regresó al dormitorio. Pasada la primera impresión, se sintió con más fuerza para contemplar el cuerpo de Gretchen.

Era algo inconcebible, se dijo. Alguien la había asesinado con sadismo indescriptible, sometiéndola a una tortura espeluznante. En el cuerpo de la pobre mujer se divisaban las huellas sangrientas de decenas de pinchazos, algunos de los cuales se veían claramente en su cuello.

Incluso tenía pinchazos en las piernas. Ardmore se preguntó cómo era posible que existiesen personas con una mente tan retorcida.

—Si consideraban que debía morir, ¿por qué no una sola puñalada en el corazón? —murmuró.

Dominando sus aprensiones, pasó la yema del índice por una de las heridas. La sangre estaba ya casi seca. Gretchen, supuso, debía

de haber muerto pocas horas antes. «Dos, a lo sumo», calculó.

Al cabo de unos momentos, cubrió el cuerpo, dejándolo como estaba. Luego regresó a la sala.

Miró a la muchacha. El rostro de Bertha aparecía completamente desencajado, sin rastro de sangre en sus normalmente sonrosadas mejillas.

—La han asesinado con un sadismo inconcebible —dijo—. No cabe duda; la vieron hablando conmigo.

—Fue Igor…, pero lo que me extraña es que no se observen señales de lucha. No parece que una sola herida fuese suficiente para causarle la muerte. Ella tuvo que defenderse…

Ardmore entrecerró los ojos.

—Nos encontramos a Igor cuando estábamos a punto de llegar aquí —dijo—. Si regresase al castillo, recién cometido su crimen, la sangre tendría que estar fresca y no es así. Pienso que la asesinaron en Marienberg y que luego Igor fue el encargado de traerla a su casa.

—Para que la encontrásemos nosotros, cuando viniéramos a verla.

—Era yo el único a quien quería ver y en el castillo lo sabían. Por lo menos, lo sospecharon, ya que, de alguna forma, consiguieron que subiese a Marienberg. Y la asesinaron allí, después de someterla a torturas que no serían capaces de ejecutar los seres más salvajes de la Tierra.

—Eso significa que ella sabía algo, ¿no le parece?

—Desde luego, aunque el problema estriba en una pregunta muy sencilla: ¿Qué sabía Gretchen?

—Sospecho que seguiremos desconociéndolo —dijo Bertha tristemente—. Derek, ¿qué piensa hacer ahora?

Ardmore meditó unos segundos. Luego fijó la vista en la muchacha.

—¿Tiene usted unos prismáticos? —preguntó al cabo.

Bertha se sorprendió.

—No… Espere, en la escuela hay un pequeño telescopio, que usamos en las lecciones de Astronomía práctica. No es muy potente…

—Servirá —dijo él—. ¿Podrá tenerlo mañana en casa?

—Por supuesto.

—Iré muy temprano y observaré el castillo, sin ser visto. ¿Le importa?

—No, claro, pero hay un problema que debemos resolver, Derek.

—¿Si?

—Gretchen ha sido asesinada. Creo que deberíamos informar…

Ardmore levantó la mano vivamente.

—¡No! —contradijo—. Nada de informar a las autoridades. Al contrario, haremos que se ocupen ellos…, si les parece bien.

—¿Tiene algún plan, Derek?

El joven sonrió.

—Vuélvase a su casa y acuéstese. Cuando se levante, vaya a buscar el telescopio. Yo me encargaré del resto.

—Al menos, podría decirme qué piensa hacer…

—Mañana. Es decir, luego; ya hace rato que pasó la media noche. Ande, váyase y procure dormir.

Bertha, completamente desmadejada, se puso en pie.

—Dudo mucho de que consiga pegar un ojo —se lamentó.

—Haga un esfuerzo —aconsejó él.

Ardmore se quedó solo instantes después. Se sirvió una segunda ración de «kirsch» y, a continuación, lavó cuidadosamente las dos copas y limpió la botella de sus posibles huellas dactilares.

Cuando terminó, se acercó al dormitorio y contempló el inerte semblante de la muerta.

—Gretchen, siento mucho utilizarte de una manera tan poco piadosa, pero creo que se lo merecen —murmuró.

* * *

Ardmore llamó a la puerta de atrás pasadas las diez de la mañana. Bertha le abrió y él observó las profundas ojeras de su rostro.

—No ha dormido —sonrió.

—Ni un solo segundo —admitió ella—. Pero le he traído el telescopio…

—Estupendo. Vamos a la sala.

El telescopio estaba sobre su trípode. Era un sencillo refractor, con mecanismo revólver, para veinte, treinta, cuarenta y sesenta aumentos. Ardmore juzgó que reducir la distancia veinte veces sería más que suficiente.

Corrió las cortinas de una de las ventanas y asomó solamente el objetivo por el hueco. Después de unos tanteos, siguió el adecuado enfoque del aparato óptico.

Buscó el portón de acceso y sonrió para sí.

—¿Ve algo? —preguntó Bertha.

Ardmore se apartó del telescopio.

—No se asuste de lo que vea —dijo.

Ella aplicó el ojo al acular.

—¡Dios mío! —exclamó, un instante después.

Luego se enderezó, volviéndose hacia el joven.

—Ha sido usted —acusó.

—Lo admito. Aguardé hasta casi las cuatro de la madrugada. Era preciso dejar que los ocupantes del castillo se durmieran confiados. Después…

Volvió a mirar por el telescopio. En una de las ventanas del último piso vio otro aparato similar, detrás del cual había una persona. La penumbra del ambiente que tenía a sus espaldas le impidió identificar al observador.

Sin embargo, le pareció que era Henningsen. Súbitamente, le vio volverse hacia atrás.

Alguien había entrado en la habitación. Henningsen abandonó su telescopio y corrió hacia la puerta, desapareciendo de la vista del joven.

Parecía muy alarmado, se dijo Ardmore. Movió el telescopio y lo enfocó hacia la puerta.

Instantes después, vio que se abría el gran portón. Henningsen e Igor aparecieron en el umbral. Ardmore hubiera dado algo bueno por saber qué hablaban. Podía ver claramente el movimiento de sus labios, pero no captaba un solo sonido, cosa lógica, dada la distancia.

Igor salió, se inclinó, cargó con el cadáver de Gretchen y desapareció en el interior del castillo. Ardmore abandonó la observación.

—Se lo han llevado adentro —dijo.

Bertha inspiró profundamente.

—¿Y ahora…?

—Es preciso aguardar los acontecimientos. Pero no de una manera pasiva.

—No comprendo, Derek.

—Verá, yo voy a moverme por ahí. Trataré de conversar con la gente… ¿Sabe si hay quien conozca a fondo el castillo?

Bertha se concentró unos instantes.

—Hay un individuo, Jürgen Kroft, que sirvió muchísimos años allá arriba. Sin embargo, no vive en el pueblo.

—Lástima…

—Oh, no tanto. Quise decir que no tiene su casa aquí, pero sí a unos cuatro kilómetros. Al retirarse, compró un pedazo de tierra y vive de lo que ésta le produce y de la caza. Es un hombre muy solitario y retraído y no sé si querrá hablar con usted, se lo advierto de antemano. Además, no tiene ninguna simpatía hacia las gentes del castillo.

—¿Por qué?

—Se casó con una mujer más joven. Ella le engañó con el padre de Irina, aunque él no se enteró sino después de mucho tiempo.

—¿Y…?

—Rompieron, claro. Erika Kroft se marchó y no se la volvió a ver jamás. Jürgen se retiró entonces.

—¿Qué hizo el padre de Irina?

—Murió al poco tiempo. Algunos sostienen que las setas que le envió Kroft estaban envenenadas.

—Y yo que me había imaginado que Marienberg sería un lugar plácido, maravilloso… Como los castillos del Rhin, vamos.

—Tiene una historia muy tétrica —dijo ella—. Y los castillos del Rhin también hablarían de muchas tragedias… si fuesen seres humanos.

—Sí, las piedras son mudas —convino él—. Bien, nos veremos a la noche. Si ha observado algo de interés, ya me lo contará. Pero, sobre todo, no se deje sorprender. Caso de que vea salir a alguien del castillo, esconda el telescopio inmediatamente.

—No creo que sospechen de mí…

—Vino a verme cuando acampaba junto a Haar. Pullow estaba conmigo. Se lo contaría al alcalde. Y si éste no se lo dijo a Henningsen, entonces es que yo no conozco la naturaleza humana.

Bertha sonrió.

—Es un razonamiento lleno de lógica —convino—. Kroft vive hacia el Este. Verá una colina con muchos abetos. Al pie, hacia el

Oeste, hay un grupo de abedules, surcado por un pequeño afluente del Haar. Atraviese el puentecillo de madera, rodee la colina y encontrará la casa de Kroft.

—Con esas indicaciones, no puedo perderme —se despidió Ardmore sonriendo.

* * *

Era un paisaje maravilloso, pero el sol radiante y el cielo sin una sola nube no conseguían olvidar a Ardmore el tétrico ambiente en que se desenvolvía.

Caminando sin prisas, cruzó el puentecillo y rodeó la loma. Sí, allí estaba la casa de Kroft, una pequeña edificación, con el techo de pizarra y una sola planta.

Había un perro encadenado, que ladró con furia al verle. La puerta de la casa se abrió de inmediato.

—Calla, *Urko* —dijo Kroft.

El perro dejó de ladrar, aunque enseñaba la dentadura amenazadoramente. Ardmore se detuvo a una distancia prudencial.

—Deseo hablar con usted, señor Kroft —manifestó—. Soy Derek Ardmore, de Londres, y gran amigo de la condesa Irina. Estábamos a punto de prometernos.

No era del todo cierto, aunque Ardmore tenía la convicción de que si el romance hubiera continuado, habría acabado por casarse con una mujer que había declarado estar francamente enamorada de él.

Mientras hablaba, observaba a Kroft, un hombre de casi setenta años, con el pelo y la barba completamente blancos, pero aún robusto y de mirada centelleante. En los labios del anciano se dibujó de pronto una sonrisa burlona.

—La condesa Irina —repitió—. Digna hija de su padre, el miserable al que Satanás acogió con tanto júbilo como el alma de Gengis Khan.

—Ella no era…

—Usted no sabe nada, señor Ardmore. Yo estuve más de veinte años en el castillo y no hay secreto que desconozca. Pero no deseo hablar de nada que tenga relación con Marienberg, ¿me oye?

Ardmore procuró mostrarse conciliador.

—Señor Kroft, me ha enviado la maestra, Bertha Hemmer —dijo

—. Ella fue la que me indicó su nombre. Por la señorita Hemmer sé la gran desgracia que le afligió hace años. Créame que lo deploro, con toda sinceridad…, pero, fuese lo que fuese Irina, yo quiero saber qué ha sido de ella. Las personas no son nunca totalmente malas y, para mí, era la mujer más maravillosa del mundo.

Kroft pareció ablandarse un tanto.

—Bueno, bien mirado… No era mala del todo, aunque reflejaba inevitablemente la educación recibida. Pero hace de dos años que no la veo ni tengo noticias suyas. ¿Es que no está en Marienberg?

—No. Hace meses que falta y no sé dónde puede encontrarse.

—¿Y viene a mí, para que le ayude a buscarla? —se burló el anciano—. Ella es una chica con mucho dinero. Está viajando casi constantemente. Puede que ahora se encuentre en las Antípodas. ¿Cómo voy a saber yo su paradero?

Ardmore inspiró profundamente.

—Es que… verá. Terno lo peor. Puede que haya sido asesinada —dijo.

Kroft calló un instante. Luego, de súbito, volvió a su anterior arisco y hostil.

—No sé ni quiero saber nada de cuanto tiene relación con ese maldito castillo. ¡Váyase, váyase inmediatamente!

—Pero, señor Kroft…

—¿Quiere que suelte a *Urko*?

Ardmore lanzó una mirada al can, un alano de espantable dentadura y aspecto nada amistoso. *Urko* gruñía amenazadoramente y parecía estar deseando que le soltasen de la cadena para lanzarse a la garganta del visitante.

—No, no suelte al perro —dijo—. De todos modos, gracias por haberme recibido. Adiós, señor Kroft.

Ardmore se marchó, no demasiado desalentado. Tenía la impresión de que era preciso hablar de nuevo con Kroft. El anciano conservaba recuerdos muy amargos del castillo, lo cual resultaba perfectamente comprensible. Pero volvería a insistir.

Cuando era preciso, sabía ser muy terco.

Capítulo V

—Ha salido a dar un paseo por el campo y ahora regresa al hotel —informó Igor.

Henningsen se acercó al telescopio. El aparato óptico le permitió ver la imagen del joven que caminaba despreocupadamente por el centro de la calle de Kettmaringen. Una sorda exclamación de rabia brotó de sus labios.

—Ayer me engañó miserablemente, haciéndome creer que era Lanke —masculló—. Y esta mañana…

Apartándose del telescopio, se pasó una mano por la frente.

—¿Cómo diablos no nos enteramos? —agregó, todavía furioso.

—Es bien sencillo —contestó Igor—. Vino muy tarde, seguramente, poco antes de amanecer.

—Ese tipo puede resultar muy peligroso. Si no actúas con más astucia que él, acabará dándonos un disgusto.

Henningsen se volvió hacia la recién llegada. Sandra, en el umbral de la estancia, sonreía aviesamente.

—¿Qué quieres que haga? ¿Matarle? —gruñó Henningsen—. ¿Cómo podemos saber que no ha dejado algo escrito, indicando que ha venido a Kettmaringen para buscar a Irina? Si desapareciese, resultaría aún peor.

—Es cierto, pero tienes que idear algo para que se marche. No podemos tenerlo en el pueblo mucho más de una semana o diez días. Los Rennicke no podrán continuar más de ese plazo con la excursión.

—Algo inventaré, no te preocupes. ¿A ti no se te ha ocurrido nada?

—Sí, pero no te gustaría.

Henningsen vaciló.

—Podría cerrar los ojos… por una vez —contestó con voz enronquecida.

—Será difícil que le hagan tragar el cebo —terció Igor.

—Eso debe quedar de mi cuenta —replicó Sandra—. Pero tiene que venir al castillo con un pretexto plausible. No le puedo llamar por teléfono y pedirle que venga a pasar la noche en mi cama.

—¡No digas eso! —Barbotó Henningsen—. Me siento enfermo sólo de pensar que ese tipo puede ponerte las manos encima…

—Y no para pegarme, ¿verdad? —rió ella—. Pues te guste o no, a mí me parece que quizá sea la única salida. Al menos, conseguiré sonsacarle y luego… ya veremos. Entretanto, ¿qué pensáis hacer con el «fiambre»?

—Igor lo arrojará luego a la cisterna seca del Oeste —contestó Henningsen—. Ya nadie conoce su existencia y jamás lo encontrarán allí.

—Lo que no comprendo es cómo llevaste el cadáver a su propia casa. ¿Por qué, Karl? —preguntó ella.

—Quería que lo viese la gente del pueblo; así lo tomarían como escarmiento…

—Imbécil —le apostrofó Sandra—. Los tenemos a todos en un puño, pero ¿qué pasaría si alguno decidiera correr riesgos? Es mucho mejor hacerla desaparecer, sin que vuelva a saberse nada de ella. Igor, a la noche, irás a casa de Gretchen y harás desaparecer todas las huellas que hayan podido quedar. ¿Entendido?

—Sí, señora —contestó el mencionado.

Sandra se acercó al telescopio y lo movió ligeramente. De pronto, vio algo que le hizo lanzar una exclamación de rabia.

—Esa zorra…

—¿Qué pasa? —preguntó Henningsen.

—Mira tú mismo —contestó ella.

Henningsen se acercó al telescopio. De pronto, soltó una risita.

—Parece que alguien ha tenido la misma idea. Y no se puede decir que no esté apetitosa, ¿verdad? —comentó burlonamente.

—Hannelore es una ninfómana, capaz de acostarse con cualquiera, en cualquier momento y hasta delante de su marido. Pero eso no tendría importancia, si fuese medianamente discreta.

—Un poco charlatana sí es —admitió él.

—Se nota que ya has tenido «contactos» con esa ramera, ¿verdad? Pero lo peor de todo no es que sea una golfa y una charlatana. Lo peor de todo es que no tienen hijos.

Henningsen entrecerró los párpados.

—A él conseguimos meterle el miedo en el cuerpo. Es un hombre débil, irresoluto…

—Pero con Hannelore no podemos correr riesgos en absoluto. Esta misma noche tiene que venir al castillo. Tú te encargarás de ello, ¿comprendido?

—Sí, pero ¿qué le digo?

Sandra le miró con inmenso desprecio.

—A veces pareces tonto de remate —contestó—. Usa la palabra dinero, estúpido; acudirá con la lengua fuera, puedes tenerlo por seguro.

* * *

La ventana estaba abierta de par en par y la brisa tonificante invadía el cuarto agradablemente. Hacía apenas unos minutos que había llegado, cuando unos nudillos golpearon en la puerta.

—Adelante —dijo el joven.

Hannelore entró, con una bandeja en las manos.

—El día es muy caluroso —sonrió—. Supuse que le agradaría tomar una jarra de cerveza bien fría.

—Es usted muy amable, señora Zwalfveig.

—Oh, por favor, llámeme Hannelore.

Ella se acercó a la mesa y se inclinó para dejar la bandeja. Llevaba una blusa terriblemente escotada. Ardmore apreció los senos, a punto de salir al exterior. Bajo el tejido de encajes, no había más ropa.

Le estaba tentando, no cabía la menor duda. Y, ¿por qué no aceptar el juego?, se dijo.

Hannelore tenía que estar enterada de muchas cosas. Daba la impresión de ser el tipo de mujer chismosa y amiga de meter la nariz en todas partes. Y ello sin dejar de considerar su carácter, seguramente ardoroso.

«Treinta y cinco años… con un marido que le pasa quince al menos y que le vuelve la espalda en la cama…», sonrió para sí.

—Hannelore, dígame, ¿conoce usted a la condesa Irina? —preguntó de sopetón.

—Un poco. Es demasiado orgullosa. No le agrada precisamente mezclarse con las gentes de condición inferior.

—¿Le hace sentirse resentida?

—No. ¿Por qué? Ella en su esfera y yo en la mía. Además, para muy poco en Marienberg. Casi todo el tiempo viajando por muchos sitios… Ni me simpatiza ni la detesto; simplemente, me es indiferente.

—¿Qué me dice usted del conservador de Marienberg?

Hannelore soltó una risa burlona.

—Lo único que quiere Henningsen es conservar llenos sus bolsillos —contestó.

—¿Y la señora Rotten?

Los rojos labios de Hannelore se distendieron en una burlona sonrisa. Puso la mano derecha en la cadera y adoptó una postura claramente provocativa.

—Ahora tengo trabajo —contestó, evasiva.

—¿Y después?

—Por la noche… puedo descansar.

—Entonces, podríamos conversar sin prisas.

—Sí, seguro.

—La esperaré, Hannelore.

Ella se alejó con gran contoneo de sus poderosas caderas. Desde la puerta se volvió, sacando mucho el pecho.

—Le prometo una conversación llena de alicientes —se despidió.

Ardmore encendió un cigarrillo al quedarse solo. Luego, con la jarra de cerveza en las manos, se acercó a la ventana.

—¿Me habrán visto? —murmuró.

En cierto modo, resultaba conveniente, pensó. Así creerían que la ardiente hotelera le distraía lo suficiente para apartarle de sus investigaciones.

* * *

—No he visto nada —dijo Bertha, al atardecer—. Todo ha transcurrido con normalidad.

—En cambio, yo tengo ciertas novedades que contarle.

—A ver, hable —pidió ella con avidez.

—Kroft se ha mostrado muy hostil. Amenazó incluso con soltarme al perro, pero tengo la impresión de que acabaré por ablandarlo.

—Por algo se debe empezar —dijo Bertha—. ¿Algo más?

—Sí, esta noche hablaré con Hannelore Zwalfveig.

La muchacha sonrió maliciosamente.

—¡Cuidado! —advirtió—. Es una mujer muy hermosa.

—Salta a la vista —convino él—. Pero me lo ha dicho usted con cierto aire… desconfiado, por no calificarlo de otra forma. ¿Qué sabe al respecto de la señora Zwalfveig?

—No me gusta criticar a la gente ni repetir murmuraciones que, a lo mejor, carecen de fundamento. Sí, se dicen muchas cosas de Hannelore, pero, en los pueblos, la gente es aficionada a hablar demasiado, sólo porque una persona, en ocasiones, no guste de ajustarse a determinadas normas.

—Cosa que ocurre en el caso de Hannelore.

—No se puede dudar que es muy desenvuelta. Pero tal vez la cosa quede solamente en eso: desenvoltura, extraversión… y también, acaso, un poco de hastío. Kettmaringen es muy aburrido, dicho sea con toda sinceridad.

—Comprendo. De todas formas, es un buen medio para conocer detalles que, seguramente, no sabríamos de otra forma.

—Es posible. Pero ¿por qué no se lo ha dicho ya?

—Bertha, no tema. Soy bastante fuerte.

—Lo mismo dijo Adán cuando Eva le ofreció la manzana.

—¿Estaba usted allí, en aquel momento?

Los dos rieron al mismo tiempo, pero Bertha se puso sería muy pronto.

—No sé cómo tenemos humor —dijo—. Después de haber visto a la pobre Gretchen Müller, muerta tan horriblemente… Pienso ahora en su cuerpo, enterrada Dios sabe en qué sitio… ¿Se da cuenta de que estamos cometiendo un delito, al ocultar un crimen?

Ardmore se puso un cigarrillo entre los labios.

—Hasta cierto punto, así es. Pero ¿qué ganaríamos con divulgarlo? Aunque lo hubiéramos hecho en el momento de descubrir el cadáver, ¿está segura de que el alcalde Lanke o el alguacil Pullow habrían hecho algo positivo?

—¿Por qué no, Derek?

—No lo sé. Tengo la sensación de que son cómplices de Henningsen. Por lo menos, cierran los ojos a lo que ese individuo pueda hacer… Quiero decir, Lanke. Pullow, naturalmente, hará lo que le ordenen. Ya lo vio cuando quiso echarme del lugar donde

había acampado.

—Sí, es posible que tenga razón. De todos modos, sea discreto.

—Seré muy cuidadoso, no se preocupe.

Ardmore se acercó a la ventana y contempló el castillo. Bertha le observaba en silencio.

—Derek, ¿estaba usted enamorado de Irina? —preguntó súbitamente.

—Kroft la ha calificado de una forma pésima. Claro que, por lo visto, tiene motivos de resentimiento contra las gentes del castillo y tal vez ese resentimiento se extiende a todo el mundo, sin hacer distinciones. Pero a mí me pareció amable, gentil, dulce, encantadora, aparte de muy hermosa. Francamente, me resisto a creer que fuese tan mala como algunos piensan.

—Eso no contesta a mi pregunta —objetó ella.

—Lo sé. Pero es que no puedo contestarle sinceramente. Ella sí estaba enamorada de mí.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo en infinidad de ocasiones y sabía que yo no estaba completamente resuelto. No es por halagarme, pero a veces sucede. Y también el caso inverso.

—Es cierto. Uno de los dos ama y no es correspondido. Pero insiste y muchas veces consigue que su amor sea aceptado y correspondido plenamente.

—Exacto. Pero aparte de todo eso, yo apreciaba muchísimo a Irina. Era un sentimiento de amistad muy fuerte y quiero saber exactamente qué le ha sucedido.

—Teme que la hayan asesinado, ¿no es cierto?

—Puedo afirmar que le ha sucedido algo grave. Dejó de escribir súbitamente hace tres meses. Y Henningsen mintió cuando dijo que hacía casi medio año que se había ido a la Riviera francesa.

—¿Cómo sabe que mintió?

Ardmore se volvió y sacó su billetera. Después de abrirla extrajo una fotografía, que entregó a la muchacha.

—¡Es Irina! —exclamó Bertha, después de contemplar la fotografía.

—Sí, justamente.

Irina von Becklendorf aparecía en un prado, con el castillo al fondo. Todavía se divisaban grandes espacios manchados de blanco

procedentes de las nieves del invierno, aún no fundidas por completo.

—La tomó con una cámara de revelado instantáneo y dispositivo para fotografías automáticas —explicó él—. Pero lea lo que hay escrito al dorso, por favor.

Bertha dio la vuelta a la cartulina.

—«Éste es el paisaje, pero en primavera resultará el más hermoso del mundo. No dejes de venir en esa época. Te quiere Irina. 3380» —leyó.

—Como puede comprender, Irina estaba viva a primeros de marzo —dijo Ardmore gravemente—. Y si Henningsen sostiene que se fue tres meses antes a la Costa Azul, es que miente.

—No cabe duda —admitió ella, muy preocupada—. Henningsen ha mentido e Irina está…

—Muerta —concluyó el joven con tajante acento.

CAPÍTULO VI

Al cabo de unos momentos, Bertha le sirvió una taza de café. Ardmore la tomó y luego volvió a la ventana.

De repente, divisó algo que atrajo su atención. Fue al telescopio y lo enfocó hacia el castillo.

—Alguien sale —dijo—. La puerta se ha abierto.

Un hombre, montado en un velomotor, abandonó el castillo en dirección al pueblo. Ardmore dejó su puesto a la muchacha.

—Es Henningsen —dijo ella casi enseguida.

El joven se encaminó hacia la puerta posterior.

—Me vuelvo al hotel —manifestó—. La ventana de mi cuarto me permitirá ver qué hace ese individuo en el pueblo.

Ardmore echó a correr y alcanzó la trasera del hotel, que solía estar abierta constantemente. Zwalfveig estaba tras el mostrador, muy ocupado al parecer, y Ardmore evitó hacer ruido, para no distraer la atención del sujeto. Subió a su habitación y se acercó a la ventana.

Henningsen acababa de llegar y se había detenido ante la tienda de los Schmidt, en la que entró acto seguido. A los pocos momentos, volvió a salir, con un cigarro en la boca.

Udo Schmidt, el tendero, se asomó a la puerta y le contempló con unos ojos que hicieron estremecer a Ardmore. En la mirada del comerciante había odio, pero también impotencia. Por el contrario, Henningsen parecía muy satisfecho de la existencia.

El conservador atravesó la calle y llegó al hotel. Ardmore abandonó su observatorio, corrió hacia la puerta y la abrió ligeramente.

La voz de Henningsen llegó con claridad a sus tímpanos.

—¿Cómo está, señor Zwalfveig?

—Mal. Viéndole a usted, siento náuseas —contestó el hotelero, sin pelos en la lengua.

Henningsen soltó una burlona carcajada.

—Cuestión de opiniones —respondió—. Pero no me dirá que no le pago lo que deja de percibir por la falta de huéspedes.

—Prometió pagarlo, pero, hasta ahora, no he visto un solo marco…

—Reciba lo convenido, en el tiempo apropiado —dijo el conservador—. Ahora, por favor, llame a su esposa. Quiero hablar con ella.

Pasaron algunos segundos. Ardmore oyó a Hannelore:

—¿Señor Henningsen?

—Señora Zwalfveig, le agradecería subiese esta tarde al castillo para que preparase alguno de sus afamados platos de cocina. Tengo un par de invitados y desearía quedar bien. ¿Podría hacerlo?

—Bueno, lo intentaré.

—Le pagaré bien.

—De acuerdo, señor Henningsen.

—La espero a las siete. No se preocupe por los víveres; en Marienberg hay de sobras. Muchas gracias, señora. Amigo Egon…

Henningsen se marchó. La voz de Zwalfveig sonó colérica:

—Hannelore, te prohíbo que subas…

—No seas estúpido —cortó ella irritadamente—. Me pagará bien. Y nos hace falta el dinero. Así que no puedes prohibirme que vaya a cocinar para ellos.

—Esa invitación no me gusta en absoluto, Hannelore.

Ella se acercó a un espejo que había en el vestíbulo y se atusó el pelo, complacida de su figura.

—A mí, sí, y no se hable más —cortó la discusión.

Ardmore se retiró de la puerta. Ya había oído bastante. Aquella noche no podría hablar con Hannelore.

En cierto modo, sentía alivio, porque se imaginaba fácilmente la forma en que habría terminado el diálogo con la ardiente hotelera. Le habría parecido traicionar a Irina.

—Tendré que dejarlo para mejor ocasión —suspiró.

Hannelore vino poco después con una jarra de cerveza.

—Esta noche voy al castillo —anunció—. Tendremos que posponer la conversación para otro momento mejor.

—Como usted diga, señora.

Ella le guiñó un ojo.

—Pero puede que consiga información sobre lo que busca.

—La gratificaré adecuadamente, se lo prometo.

Hannelore se le acercó e, inclinándose hacia él, puso su amplio escote en pleno rostro del joven.

—Tal vez regrese a tiempo de sostener esa conversación —dijo.

Ardmore percibió la calidez de los senos, redondos, perfumados. Era toda una hembra, se dijo.

Ella soltó una risita y se irguió.

—Sí, después de terminar allí, vendré a hablar con usted —dijo como despedida.

* * *

Cuando llegó al castillo, era casi de noche. Igor la recibió, acompañándola hasta el primer piso, en donde se encontraba el conservador.

Igor abrió una puerta:

—Señor, la señora Zwalfveig —anunció.

Henningsen estaba sentado tras una mesa y se levantó de inmediato.

—Ah, cuánto me alegro de verla, Hannelore —exclamó—. Porque me permite que la llame por su nombre, supongo.

—Desde luego —sonrió ella—. Pero me parece que esto no tiene nada de cocina…

Henningsen se echó a reír.

—Claro que no. La cocina está abajó, naturalmente, pero es que doy una invitación un tanto peculiar. Mis invitados vendrán luego y… Pero, sígame, por favor, quiero enseñarle algo.

El conservador se dirigió hacia la puerta, que volvió a abrir, extendiendo una mano para que ella pasara antes. Luego la guió hacia una escalera que conducía al siguiente piso.

—Preparará la cena en la cocina, desde luego, pero tendrá los platos listos en un lugar que le voy a indicar ahora, a fin de evitar viajes demasiado largos. ¿Va comprendiendo, Hannelore?

—Sí, señor Henningsen.

Él se volvió hacia la mujer y sonrió aduladoramente.

—Por favor, llámeme Karl. Es más íntimo, ¿sabe?

Hannelore le guiñó un ojo.

—Me parece que vamos a acabar entendiéndonos, Karl —dijo—.

Hablando con franqueza, lo que menos necesita usted es cocinera. ¿Me equivoco?

El hombre se echó a reír.

—Eres muy perspicaz —contestó—. Pero entra, por favor…

Habían llegado ya al otro piso y Hannelore se encontró en una estancia casi desprovista de muebles. De pronto, se sintió abrazada por el hombre.

Una mano se introdujo en el escote. Henningsen levantó las cejas.

—No llevas sostén —dijo.

—No es necesario, me parece —contestó ella, impávida.

—Has dicho algo que es la pura verdad —rió el hombre.

—Karl, seamos francos. Lo que menos te importa a ti es que yo prepare una cena para tus invitados. Sólo quieres… acostarte conmigo.

—Eres sincera, Hannelore.

—¿Para qué andar con rodeos? Pero te costará dinero; no me gusta trabajar por amor al arte.

—Salvo si se trata de británicos.

Ella respingó.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa ahora…

—No ha habido nada entre los dos; sólo hemos cambiado unas frases más o menos divertidas. Además, es huésped del hotel; siempre me queda el recurso de cargar «extras» en su factura.

—Menudo «extra», tú —rió Henningsen, a la vez que la empujaba hacia determinado punto de la pared—. Anda, vamos, te voy a enseñar algo muy interesante.

—Ahí no veo ninguna puerta —objetó Hannelore.

—Ahora la verás.

Henningsen alargó la mano y tocó determinado punto de la pared. Entonces, un trozo de estantería, con algunos libros, giró a un lado.

—Asombroso —calificó ella.

—¿Verdad que sí? Esa puerta secreta da a un cuarto, conocido sólo de muy pocas personas. Así no nos molestará nadie y… Entra, por favor.

Hannelore obedeció. Entonces, la puerta se cerró bruscamente

tras ella.

Un grito de pánico brotó de sus labios al darse cuenta de que Henningsen trataba de gastarle una broma pesada. Giró en redondo, pero con dificultades, ya que se hallaba en una especie de cubículo de poco más de un metro de lado.

La oscuridad era total. Temblando de pánico, abrió su bolso y extrajo una caja de fósforos. Encendió uno y entonces vio algo que la hizo chillar de una forma espeluznante.

Al mismo tiempo, la pared que tenía a sus espaldas se movió, empujándola hacia adelante. Hannelore hizo fuerzas con los hombros, pero todo resultó inútil.

El trozo de pared que tenía frente a si, avanzó con siniestra lentitud. Los ojos de Hannelore contemplaron las decenas de agudas puntas de hierro, largas casi de veinte centímetros, que cubrían un buen trozo del muro móvil, precisamente con forma de silueta humana.

Hannelore chilló, pidiendo socorro, pero todo fue inútil. Más de cien estiletes se hincaron de golpe en su cuerpo. Sintió infinidad de pinchazos en su cuello, en los senos, en el estómago… Algo le produjo un estallante dolor en el corazón y le arrancó el último alarido.

Después, todo fue silencio y negrura.

* * *

Dormía profundamente, cuando, de pronto, se sintió violentamente zarandeado, a la vez que oía una voz colérica:

—¿Dónde está? Maldita sea, dígame qué se ha hecho de ella…

Con los ojos cargados de sueño, Ardmore, sentado en la cama, contempló estupefacto al dueño del hotel. Zwalfveig tenía la mirada extraviada y el rostro aparecía alternativamente pálido y rojo de ira.

—No sé de qué me está hablando, Egon —contestó—. ¿Por quién pregunta?

—Por mi esposa, naturalmente…

De pronto, Zwalfveig pareció volver a la realidad. Corrió al cuarto de baño, lo abrió, miró en su interior y volvió a salir.

Ardmore se irritó.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Quiere decirme de una vez qué está

ocurriendo?

El hotelero giró en redondo.

—Mi esposa —contestó.

—Su esposa… ¿qué?

—Subió al castillo, poco antes de las siete. Son casi las siete y media de la mañana y no está en nuestro dormitorio.

—Vaya, y no se le ocurrió otra cosa que había pasado la noche conmigo, ¿eh?

Zwalfveig sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

—Discúlpeme, señor Ardmore —rogó—. Creo que he perdido los nervios… Hannelore es demasiado voluntariosa; hace siempre lo que le parece y no atiende jamás a consejos…

El joven se levantó de la cama y agarró la bata.

—Egon, no formule aún juicios precipitados —dijo—. Tal vez su esposa regresó, usted dormía y luego se levantó sin despertarle. ¿Ha mirado bien por todos los sitios?

Zwalfveig asintió.

—No está en casa. En ninguna de las habitaciones, ni en la cocina, ni en el vestíbulo… No ha vuelto, señor Ardmore.

El joven meditó un instante. Era duro tener que decir la verdad. «O lo que yo creo es la verdad», pensó.

Hannelore se habría quedado en Marienberg. Resultaba fácil imaginarse la especie de orgía que se habría producido allá arriba. Vino en abundancia, champaña… Tal vez estaba aún durmiendo la borrachera.

—¿Quiere que suba y pregunte? —se ofreció.

El hombre hizo un gesto negativo.

—No —respondió—. Muchas gracias, pero ya volverá.

Se encaminó hacia la puerta. Sin mirarle siquiera, añadió:

—Por desgracia, volverá.

Ardmore hizo un gesto de pesar. No era nada agradable estar casado con una mujer como Hannelore. Para el extraño, que sólo pensaba en disfrutar de sus encantos, podía resultar sumamente encantadora. Para su esposo, en cambio, era un tormento que no cesaba jamás.

Zwalfveig no se encontraba en condiciones de hacer nada, por lo que se vistió rápidamente y abandonó el hotel. Momentos más tarde, llamaba a la puerta de la casa de Bertha.

* * *

Bertha estaba todavía en bata y camisón y se sorprendió mucho al verle a una hora tan temprana.

—¿Hay desayuno para un hambriento? —solicitó él, con su mejor sonrisa.

—¿Tan mal le atienden en el hotel? —rió ella—. Ande, pase y deje que termine de arreglarme; acababa de levantarme…

—No madruga mucho —observó él.

—Si no tengo que ir a la escuela, prefiero quedarme un rato más en la cama. Enseguida soy con usted, Derek.

—No se apresure, Bertha.

Ardmore fue a la ventana de la sala y asestó el telescopio hacia el castillo. Le habría gustado disponer de poderes mágicos; de este modo, podría haber visto a Hannelore, dormida en una cama, desnuda, después de una noche de agotadores placeres. Pero en el castillo todo aparecía normal y, frustrado, abandonó el observatorio.

Bertha vino media hora después, con una bandeja abundantemente provista. El joven le relató lo que le sucedía.

—Y Egon creyó que usted…

—Sí. A decir verdad, pudo haber ocurrido.

—Tipo fresco —dijo ella, enojada.

—«Pudo» haber ocurrido, aunque no creo que hubiésemos llegado a tanto. Pero me Interesaba hablar con ella.

—Ya lo hará en otro momento, no se preocupe.

—Bertha, no se irrite conmigo. Trato de averiguar lo que ha sido de Irina. Ya sabe qué sentía hacia ella.

La muchacha hizo un gesto de aquiescencia.

—Si está seguro de que fue asesinada, ¿por qué no lo denuncia a la policía? —exclamó.

—¿Cómo? ¿Sin pruebas de ninguna clase? Henningsen diría que se fue a la Riviera…

—Pero usted puede demostrar que ella estaba aquí hace tres meses.

—No es suficiente. Por muchos argumentos que pudiera presentar en favor de mi tesis, Henningsen diría siempre que ella se marchó y que no ha vuelto. Irina viajaba mucho. En ocasiones, pasaba meses enteros sin comunicarse con su administrador. ¿Por

qué, ahora, no puede suceder algo parecido? —dijo Ardmore.

—Entonces, piensa probarlo por sí mismo.

—Al menos, lo intentaré, hasta el límite de mis fuerzas.

—Le deseo que tenga éxito, Derek —contestó Bertha.

—Me gustaría más encontrar viva a Irina. Pero, por desgracia, no es posible. No volveré a verla jamás.

Entornó los ojos.

—Me pregunto si no murió de la misma forma que Gretchen Müller —añadió.

Bertha se espantó.

—¡No sea lúgubre, Derek!

—Lo siento, no puedo remediar pensar de esa manera.

De pronto, Ardmore se puso en pie.

—Gracias por el desayuno —sonrió.

—Pero ¡si apenas ha probado bocado! —exclamó la muchacha.

—Se me pasó el apetito repentinamente. Discúlpeme, Bertha.

—No se preocupe. ¿Adónde va ahora?

—Quiero hablar de nuevo con Kroft. Presiento que ese arisco individuo sabe muchas cosas y me conviene persuadirle de que abandone su hostilidad hacia Marienberg. Si hoy no consigo nada, volveré mañana, y si no, otro día…

Bertha sonrió.

—La gota de agua que horada la roca, ¿eh?

Ardmore abrió la puerta.

—Exacto —se despidió.

CAPÍTULO VII

Urko ladró fieramente y dio unos fuertes tirones a la cadena, sacudiendo la caseta, pese a que estaba sólidamente asentada en el suelo. Kroft salió casi en el acto.

—¿Por qué vuelve? —exclamó—. ¿No le dije que no quería hablar más con usted?

—En cambio, yo sí quiero hablar con usted.

—Soltaré al perro…

—Suéltelo.

Hubo un instante de silencio. Luego Kroft movió la mano.

—*Urko*, cállate.

El can se tendió inmediatamente. Su amo hizo un gesto.

—Entre.

Ardmore sonrió. El interior de la casa, apreció, era muy modesto, pero no cabía duda de que a Kroft le gustaba la limpieza y el orden. Encima de la mesa de la sala, vio unos extraños instrumentos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Cepos. A veces cazo conejos… y, aunque le parezca mentira, también cae un faisán de vez en cuando —contestó Kroft, huraño.

—¿No está prohibido por la ley?

—¿Quién vigila en la comarca?

Ardmore cogió una silla y se sentó a horcajadas.

—Jürgen, ¿qué diría usted si supiese que la condesa Irina ha sido asesinada? —preguntó bruscamente.

El anciano se había sentado enfrente y trabajaba en sus cepos, sin mirar a su visitante.

Ardmore le vio apretar los labios.

—¿Diría que se lo tiene bien merecido? —continuó, en vista del silencio de su oponente.

—No —respondió Kroft con voz ronca—. Pero ¿es cierto?

—Tengo vivas sospechas sobre el asunto. Y hasta pruebas.

—Vaya a la policía.

—No puedo. Esas pruebas no son suficientes.

—Y quiere que yo le ayude… Está de broma —dijo el hombre, riendo agriamente.

—No estoy de broma ni le he pedido ayuda. Sólo quiero que me exprese su opinión.

—Bueno, pregunte. Ya veré si contesto.

Ardmore se puso un cigarrillo en los labios. Ofreció a Kroft, pero en anciano rechazó con seco movimiento de cabeza.

—¿Qué puede decirme del conservador?

—¿Henningsen? No sé de dónde ha salido. Lo contrató el padre de Irina. Es peor que el difunto conde, que ya es decir. Desde el primer momento se portó como si todo fuera suyo. Y si ha cambiado en algo, ha sido para peor.

—No le simpatiza, ¿eh?

—Esta casa y las tierras que la rodean son mías. Quería quitármelas. No lo consiguió.

—Un hombre avaricioso, me parece.

—No lo sabe bien, aunque, de todas formas…

Kroft se interrumpió un momento, dobló un poco el alambre con el que estaba trabajando y continuó:

—Ella es aún peor. A veces yo pienso que es como su ángel malo.

—¿La señora Rotten?

—Sí. Guapa, ¿verdad?

Ardmore sonrió.

—Psé, no está mal…

—Yo la he visto salir desnuda, como su madre la parió, de la habitación del conde. Es una zorra sin escrúpulos, pero muy lista. Tenga cuidado con ella.

—Gracias por el consejo.

—Es una serpiente venenosa. No se fíe de esa zorra.

—Siga, Jürgen. ¿Qué me dice de Igor?

—Es un bruto. No razona demasiado, aunque no se puede decir que sea un imbécil. Pero hará cualquier cosa que le manden, aunque, si tiene que elegir, obedecerá antes a la señora Rotten que al conservador.

—Jürgen, dando por sentado que Irina haya muerto, ¿por qué tuvieron que matarla?

—El castillo y las tierras no caben en una maleta.

Ardmore se quedó perplejo ante aquella sibilina respuesta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

Los penetrantes ojos del anciano se clavaron en su rostro.

—Hay en el castillo una joya de enorme valor, lo que pasa es que nadie sabe dónde está. Bueno, el conde sí lo sabía y, presumiblemente, también su hija. Y, para mí, eso es lo que está buscando Henningsen.

—¿Una joya? —Se asombró el joven.

—Sí, la corona de una Virgen… No sé de dónde es, pero la trajo el conde cuando acabó la guerra. ¿Sabe?, era de ellos, de los nazis, usted me comprende, y aunque no le hicieron nada, no fue precisamente de los que quedaron pobres. Cuando pasó la marea, vendió algunas joyas y mejoró las tierras. Pero la mejor de todas está allí, en el castillo, y no la pudo sacar, porque es muy famosa y se habría sabido enseguida. Creo que vale veinte millones de marcos.

Ardmore se quedó sin aliento. Trató de calcular el valor de la corona al cambio, en libras esterlinas. Eran más de cinco millones.

—Y la corona está escondida…

—Sí, señor.

El joven reflexionó. Tal vez era eso lo que buscaba Henningsen. Habría querido forzar a Irina y ella, al negarse, había firmado su propia sentencia de muerte.

—Jürgen, ¿sabe usted dónde está la corona?

—No, señor.

Fue una respuesta demasiado rápida y lacónica, para que Ardmore la aceptase como sincera. Pero, se dijo, había conseguido mucho más de lo que esperaba en aquella entrevista. Kroft había depuesto su actitud en gran parte y merecía la pena seguir cultivando aquella relación.

Sonriendo, se puso de pie y metió la mano en el bolsillo.

—Jürgen, me gustaría agradecer su amabilidad con algo más que palabras —dijo.

El anciano le miró irritado.

—No hable de dinero —contestó.

—Está bien, gracias.

Había una chimenea en uno de los lados de la estancia. Sobre la repisa, vio un par de viejas pipas. Le regalaría una nueva, con un juego de tabaquera y elementos de limpieza. Kroft estimaría más el obsequio que un puñado de marcos.

Salió de la casa. *Urko* le miró, pero ya no gruñía.

«Empieza a considerarme amigo», pensó.

* * *

En el pueblo seguía flotando aquel extraño ambiente de quietud y silencio, que le parecía absolutamente incomprensible. No se veía un solo chiquillo por la calle. Claro que habían salido de excursión y…

Entró en la tienda. Una mujer, de unos treinta y cuatro años, de aspecto agradable, le atendió en el acto.

—Buenos días, señora. Deseo una buena pipa, una tabaquera y un juego de útiles de limpieza —manifestó—. Soy Derek Ardmore, de Londres —añadió, sonriendo.

—Soy la señora Schmidt. Mi nombre es Birgitt, señor Ardmore —contestó ella.

Detrás del mostrador había una puerta, cubierta con una cortina, que se movió ligeramente. Un hombre miró por una rendija y se retiró enseguida.

Birgitt le enseñó varias pipas. Ardmore eligió una, tallada con profusión de adornos, cazoleta con tapa y un atractivo soporte de metal. Compró las demás cosas y abonó su importe. Otro rato, se dijo, llevaría el obsequio a su destinatario. O mejor todavía…

La mujer envolvió los objetos. Cuando iba a terminar, Ardmore le hizo una pregunta:

—Señora Schmidt, ¿no podría encontrar un chico para que llevase todo esto a la persona que debe recibirlo?

Birgitt le miró con ojos muy abiertos. De repente, estalló en llanto y, dando media vuelta, huyó al interior de la casa.

El joven se quedó atónito. ¿Había dicho algo ofensivo para aquella buena mujer?

La cortina se separó. El dueño de la tienda apareció ante los ojos del forastero.

—Mi esposa no se encuentra bien estos días, señor —dijo

Schmidt con voz enronquecida—. Le ruego la dispense…

—Por supuesto, aunque no creo haber dicho nada ofensivo. Sólo le pregunté si habría un chico para que llevase este paquete.

En el rostro de Schmidt apareció de súbito una extraña crispación.

—No. Lo siento. Mi… nuestro hijo lo habría hecho…, si no estuviese de excursión.

Ardmore cargó con el paquete.

—Está bien, muchas gracias de todas formas.

Abandonó la tienda y se encaminó al hotel. Zwalfveig le recibió con gesto sombrío.

—Ella no ha regresado todavía —dijo.

Las cejas de Ardmore se levantaron.

—Sorprendente —exclamó.

—En esta vida, uno comete errores, pero no sabe verlo, hasta que es demasiado tarde. Mire allí, señor Ardmore.

El joven se volvió. Junto a una de las paredes, divisó un par de maletas.

—Son de ella —agregó Zwalfveig.

—No sabía que fuese a emprender un viaje…

—Se irá, apenas regrese de ese maldito castillo.

—Oh… Lo lamento infinito…

—Es algo que debiera haber hecho mucho tiempo atrás. ¿Quiere que le sirva algo?

—No, muchas gradas. Sí puedo ayudarle en algo, lo haré ton muchísimo gusto, Egon.

—Ya es tarde —contestó Zwalfveig sombríamente.

Ardmore subió a su habitación y contempló el castillo unos instantes. De nuevo vio aquel chispazo en una de las ventanas altas. Le observaban, sonrió, mientras, con aire natural, corría las cortinas de la ventana.

Luego se sentó en su habitación y encendió un cigarrillo.

Meditó un rato. No sabía si volver al castillo o continuar investigando. La gente no parecía propicia a contestar preguntas. Excepto Bertha, los demás no habían cooperado excesivamente.

Al cabo de un rato, se levantó y bajó de nuevo al vestíbulo. Estaba desierto y las maletas seguían en su sitio. Hannelore no había regresado todavía.

* * *

Bertha se sorprendió muchísimo al verle con un enorme paquete en las manos.

—¿Qué trae ahí? —exclamó.

—Provisiones —sonrió Ardmore—. Las cosas no marchan bien en el hotel y las perspectivas de alimentarme allí son más bien inseguras. Por eso he comprado cosas de comer, para no consumir los repuestos de su frigorífico.

Bertha se echó a reír.

—No debería haberlo hecho…, pero tampoco se lo voy a rechazar. Venga a la cocina, por favor. ¿Ha almorzado?

—Traigo aquí para que me haga un par de costillas, por lo menos —contestó él.

—Muy bien. Empezaré ahora mismo, pero, dígame, ¿qué pasa en el hotel?

—Hannelore fue anoche al castillo. Aún no ha vuelto. Egon está desesperado. Ha metido sus cosas en dos maletas y, en cuanto vuelva, la pondrá de patitas en la calle.

Bertha silbó tenuemente.

—La verdad, fue siempre una mujer de poco seso. Tenía que suceder, un día u otro. Lo siento por el pobre Egon; en medio de todo, es una excelente persona. Pero, claro, comprendo que no esté por la tarea de cocinar…

—Otra cosa —dijo él—. Me ha pasado algo muy extraño.

—¿Sí?

—Estuve hablando con Kroft. Me dijo cosas bastante interesantes. Quise darle una propina, pero él la rechazó. Entonces, se me ocurrió comprarle una pipa, con su tabaquera y los aparatos de limpiarla. Al terminar, pagué la compra y pregunté a la señora Schmidt si había algún chico para enviarle el obsequio a Kroft. Entonces, Birgitt estalló en una crisis de llanto y echó a correr hacia el interior. No comprendo qué pudo haber pasado; no me parece que lo que dije fuese insultante.

Bertha frunció el ceño.

—A mí también me parece raro —dijo—. Birgitt es una mujer muy simpática y amable. Tiene dos hijos, niño y niña, de doce y diez años, respectivamente y muy listos y despejados, casi los primeros de la clase. El mayor, Heinz, podría haber llevado el

obsequio al viejo Kroft, efectivamente.

—Creí que le daba un ataque. No entiendo qué le puede haber pasado…, echarse a llorar sólo por preguntar si había un chico que pudiese hacer ese recado.

—Derek, aquí pasa algo muy extraño. He hablado con un par de madres de alumnos, les he preguntado por ellos y todas han dicho lo mismo. Están de excursión, pero no han dado detalles, ni siquiera me han querido decir el itinerario. Eso empieza a preocuparme, se lo dijo con toda sinceridad.

—¿Por qué no vuelve a preguntar? Hable con otras mujeres; quizá así consiga algo.

—No veo la utilidad…

—Yo, si, Bertha. Y le diré algo más, y no se asuste. Sospecho que todos los niños están secuestrados, para obligar a sus padres que guarden silencio.

CAPÍTULO VIII

A media tarde, Ardmore volvió al hotel.

Las maletas estaban aún en el vestíbulo. Era un claro indicio de que Hannelore continuaba todavía en el castillo.

Empezó a temer lo peor. ¿Habría muerto como Gretchen Müller? Zwalfveig apareció tras el mostrador.

—Sigue arriba —dijo, ceñudo.

—Egon, quiero hacerle una pregunta —manifestó el joven—. Le ruego sea sincero en su respuesta, por favor.

—Sí, señor.

—Yo vine aquí, porque no tenía noticias de la condesa Irina. Sospecho que le ha sucedido algo grave, pero eso no importa ahora demasiado. Lo que quiero decirle se refiere a los niños de Kettmaringen. ¿Dónde están? ¿Por qué tuvieron que ir de excursión, precisamente durante el curso escolar y, más todavía, en vísperas de exámenes? ¿No le parece que, en todo caso, la excursión debería haberse celebrado al finalizar el curso?

El hombre calló unos instantes.

—¿Tiene hijos? —preguntó Ardmore.

—No, señor.

—Entonces, no debe sentir temor a responder a mis preguntas.

Zwalfveig continuaba irresoluto.

—Cuando llegué aquí, usted dijo que tenía el hotel lleno de huéspedes y no es así —continuó Ardmore—. ¿Quién le amenazó para que mintiese?

Los labios del hombre temblaron perceptiblemente.

—No…, no me obligue a… a contestar… Se lo ruego… —dijo con voz entrecortada.

Ardmore estudió el rostro del hotelero. Zwalfveig tenía un miedo espantoso.

—Los niños han sido secuestrados, ¿verdad?

Zwalfveig sudaba copiosamente. No tenía hijos, pensó Ardmore, pero temía por su propia vida. Era un hombre pusilánime, carente por completo de presencia de ánimo, cera fácilmente moldeable en manos de otro más resuelto y, sobre todo, sin escrúpulos.

Pero aquella misma falta de respuestas venía a confirmar sus sospechas.

El teléfono estalló bruscamente, sobresaltando a los dos hombres. Zwalfveig dudó un instante y luego alargó la mano.

—Éste es el hotel…

Alguien habló chirriante al otro lado de la línea. Ardmore vio que Zwalfveig hacía repetidos movimientos de cabeza.

—Sí, señor… Enseguida… No faltaría más…

El hotelero dejó el teléfono, sacó un pañuelo y se secó el abundante sudor de la frente.

—Tengo que salir —dijo precipitadamente—. Excúseme…

Abandonó el mostrador y corrió hacia la puerta. Ardmore, lleno de perplejidad, le siguió hasta el umbral.

El hotelero había desaparecido de su vista. No era posible que se hubiese escondido con tanta rapidez. Sin embargo, un momento más tarde, le vio montado en un ciclomotor, que salía de la parte posterior del hotel, encaminándose hacia el castillo.

Maldijo entre dientes. ¿Por qué tenía que portarse aquel hombre de forma tan abyecta?

Cuando el petardo del ciclomotor se hubo apagado, volvió el silencio al pueblo.

Ardmore recorrió las casas con la mirada. No se veía una sola alma por ninguna parte.

El pueblo, se dijo, estaba sumido en una psicosis de miedo absoluto.

* * *

—¿Hay algún sitio por donde se pueda entrar en el castillo sin ser visto? —preguntó Ardmore a la hora de la cena.

—No lo sé —contestó ella—. ¿Por qué lo dice?

—Me gustaría entrar sin ser visto.

—Los muros son muy altos…

—He practicado un poco el alpinismo. No diré que soy capaz de conquistar el Everest, pero sí sabría desenvolverme con una cuerda

provista de gancho.

—Si lo quiere hacer, hable con Kroft. Conoce hasta la última piedra de Marienberg.

—Iré mañana —aseguró él—. Mientras tanto, dígame, ¿qué ha conseguido?

Bertha le miró penetrante.

—Creo que tiene razón —murmuró.

—¿Secuestrados?

—Ninguna madre quiere hablar. Todas se muestran reticentes, herméticas… Dios mío, pensar que treinta o cuarenta niños están sometidos a unos secuestradores sin escrúpulos…

—¿En el castillo?

—Oh, no, sería demasiado jaleo para ellos. Realmente, están de excursión, y disfrutando del viaje. Pero, lógicamente, les acompañan personas mayores y éstas son las que se pusieron de acuerdo con Henningsen y los otros dos. A las gentes de Kettmaringen les habrán amenazado con un accidente. El autobús se despeñó por un precipicio, dirían los periódicos…

—¿Cree que serían capaces de hacerlo?

—Pienso que no hay en el mundo personas tan sanguinarias.

—No se fíe, Bertha; el alma humana, a veces, es más retorcida de lo que cree.

—Puede que sí, pero, en todo caso, a una madre angustiada se le dice que su hijo puede sufrir un grave accidente y bastará esa amenaza para sellar sus labios.

Ardmore asintió.

—Eso sí es verdad. Y no se sabe tampoco la ruta que siguen.

—No, ninguna me lo ha querido decir.

—Es una lástima, Zwalfveig no tiene hijos, pero fue amenazado de muerte. Es un hombre timorato y también ha callado. Bertha, creo que vamos a tener que hallar la solución por nosotros mismos.

—¿Cómo, Derek?

—Mañana volveré a hablar con Kroft. Le llevaré el regalo y procuraré que él se encargue de comprarme la cuerda. Le diré también que me busque el gancho o que se lo encargue a Lanke. Si lo hiciera yo, sospecharían en el acto.

—Si no se enteran…

—Hay teléfonos y Henningsen sabe utilizarlos. Puede preguntar

qué estoy haciendo. Las gentes del pueblo obedecerán sin rechistar.

—Comprendo. Deseo que lo haga, pero puede resultar peligroso, Derek.

—¿He de estar así toda la vida?

—No, claro que no… Aunque, ¿cómo se les ocurrió la idea del secuestro?

—Está bien claro. Yo tenía trabajo y no podía dejarlo, sin haberlo terminado. Envié una carta a Irina, anunciándole la fecha de mi llegada. En la carta le hablaba de mis asuntos y, naturalmente, le decía cómo marchaban y cuándo quedaría libre de compromisos. La carta, sospecho, fue recibida por Henningsen, quien se dio cuenta de que mi presencia podría ponerles en apuros. Por eso decidió la pantomima de la excursión.

—Sí, parece lógico —admitió la muchacha—. Y seguramente, esperaba que usted se marchase pronto.

—Pero no sucedió así, porque me di cuenta en el acto de que me mentía, cuando dijo que Irina estaba en la Riviera, siendo la realidad que en aquellas fechas estaba aquí. Y, claro, las cosas se le han complicado.

—Pero no le ha atacado, como sería lo lógico.

—No le conviene. Ignora si yo he dejado algún mensaje escrito. Lo único que quieren es que me marche cuanto antes. Y no lo van a conseguir.

Bertha sonrió.

—Es usted muy obstinado —dijo.

—También sé ceder cuando conviene, pero no es ésta la ocasión para componendas —contestó él, muy serio.

—Es cierto. Pero si ven que se queda, tendrán que hacer algo para salir del «impasse».

—Antes actuaré yo, es decir, mañana por la noche, cuando tenga la escalera y el gancho. Y entonces, créame, sabré qué ha sido de Irina.

—Hay algo que no entiendo, Derek. ¿Por qué la asesinaron, si no pueden vender el castillo y las propiedades? Irina tendría dinero en el Banco, es lógico, pero… ¿habría firmado algún cheque antes de ser asesinada? ¿O quizá Henningsen, como administrador, ha desfalcado las cuentas bancarias?

—No, el asunto no está en el dinero de Irina, sino en la corona

de la Virgen.

Bertha abrió la boca.

—¡La corona de…!

Ardmore sonrió.

—Veo que no está enterada del asunto —dijo—. Se lo contaré.

Momentos después, Bertha se dejaba caer en una silla, estupefacta.

—Dios mío. Es increíble… De modo que todo lo han hecho por esa corona…

—Vale veinte millones de marcos, unos cinco millones de libras. Debe de ser algo indescriptible: el oro, las gemas… y el arte del orfebre que la construyó.

—Entonces, se comprende que Henningsen haga todos los posibles por conseguirla. Y no le importa recurrir al asesinato.

—No, no le importa —contestó Ardmore.

Hacía rato ya que habían terminado de cenar y se puso en pie.

—Creo que es hora de que nos separemos —sonrió—. Ah, por cierto. ¿Puedo pedirle un favor, Bertha?

—Claro.

—Permita que me lleve el telescopio. Observaré desde ni habitación. Además, me conviene estudiar el castillo a la lude la luna.

—Para su incursión de mañana —sonrió la muchacha.

—Exacto.

Momentos más tarde, Ardmore, cargado con el instrumento óptico, regresaba al hotel.

Zwalfveig, observó, no había regresado aún.

Y las maletas de Hannelore continuaban en el vestíbulo.

Empezó a pensar lo peor acerca de la señora Zwalfveig.

* * *

Entró en el dormitorio, encendió la luz y empezó a actual con toda naturalidad. Al cabo de un rato, apagó y situó el telescopio junto a la ventana.

La luna acababa de salir y su luz era aún rojiza. Las paredes del castillo parecían chorrear sangre. Poco a poco, sin embargo, fueron perdiendo aquella siniestra coloración y convirtiéndose en lienzos que parecían de plata mate.

Había uno o dos puntos amarillos. Eran ventanas de habitaciones en donde estaba la luz encendida. Pero no pudo ver a sus ocupantes.

Transcurrió un largo rato. La mayoría de las luces se apagaron. Ardmore empezó a bostezar.

Tenía ya sueño, pero se resistía a acostarse. Al fin, se dijo que no iba a ver mucho más y decidió abandonar la observación. Pero no quiso hacerlo sin lanzar la última ojeada.

Con gran cuidado, recorrió toda la silueta del castillo. Súbitamente, detuvo el telescopio en un punto determinado.

En lo más alto de la torre principal, había un balcón de piedra saledizo. Había luz en la puerta que daba al balcón y estaba seguro de que se había encendido muy poco antes.

De pronto, vio dos figuras humanas en el balcón. Irían a contemplar el panorama a la luz de la luna. Pero no… Luchaban, forcejeaban violentamente…

La luz no era suficiente para que viese sus rostros. De súbito, uno de los hombres saltó al espacio.

Ardmore siguió fascinado la caída, más de cien metros en vertical, desde lo alto de la torre hasta el derrumbadero que habla al pie de la loma. Casi le pareció oír el terrible chasquido del hombre estrellándose contra las rocas del pie del precipicio.

El otro individuo se retiró precipitadamente. Ardmore dudó acerca de lo que debía hacer.

No podía ir allí. Seguramente, alguien bajaría a retirar el cuerpo muy pronto. Si estaba allí, lo asesinarían, sin parar mientes en los posibles riesgos, y, por otra parte, ya no podía hacer nada por aquel desdichado.

Minutos más tarde, vio una alta figura que salía del castillo. Era Igor, no cabía duda. El gigante llevaba una manta en las manos, con la que envolvió el cuerpo del caído. Luego cargó con el cadáver y emprendió el regreso al castillo.

—¿Cuántos infelices habrán enterrados en algún paraje escondido de ese funesto castillo? —murmuró.

Terriblemente impresionado por lo que acababa de ver, pero más preocupado todavía, se sirvió una buena ración de coñac. Al cabo de un rato se metió en la cama.

Tardó mucho en dormirse. Estaba desvelado, pero al fin, el

sueño cerró sus párpados y le libró de sus nada agradables pensamientos.

CAPÍTULO IX

Cuando despertó, pasaban de las nueve. Se vistió rápidamente y salió de la habitación.

Reinaba en el hotel un extraño silencio. Le pareció que Zwalfveig debería andar trasteando por alguna parte, pero no se oía el menor sonido.

De pronto, recordó el suceso de la víspera. Una horrible sospecha se infiltró en su ánimo.

¿Era Zwalfveig el hombre que había saltado al vacío?

Recorrió todas las habitaciones. Ninguna estaba ocupada y el orden era completo.

Bajó a la planta. Las maletas de Hannelore continuaban en el mismo sitio. El matrimonio tenía sus habitaciones en un ala de la planta baja. Cuando encontró el dormitorio, vio que la cama no había sido utilizada.

Entonces desaparecieron sus dudas. Era Zwalfveig el hombre que se había estrellado al pie del precipicio.

Y los motivos resultaban fáciles de adivinar. Meneó la cabeza, sintiendo lástima de un pobre hombre que había carecido del carácter y del ánimo suficientes para enfrentarse con los acontecimientos.

Al cabo de unos segundos, abandonó el hotel. Desayunaría con Bertha y le contaría lo que ocurría. Cuando llegó a la casa de la muchacha, por la puerta trasera, como siempre, tocó con los nudillos, pero ella no contestó.

Al cabo de unos momentos, se decidió a abrir.

—¡Bertha!

El silencio continuaba. Ardmore, aprensivo, recorrió la casa. El dormitorio estaba en orden, aunque se veía abierta la puerta del armario. Fue a la sala y entonces vio una cuartilla encima de la mesa.

Bertha le había dejado una nota, pensó en el acto. Cogió el papel y, con el ceño fruncido, leyó:

Siento mucho tener que marcharme sin despedirme de ti. Me han avisado del empeoramiento de la salud de mi madre. No sabes cuánto lamento no saludarte antes de emprender el viaje. Procuraré volver pronto; me es difícil olvidar los ratos tan agradables que hemos pasado juntos y quiero que vuelvan a repetirse. Te recuerdo constantemente. Tuya,

B. H.

Ardmore hizo una mueca.

—Está loca —gruñó.

Dobló la cuartilla, la guardó en el bolsillo y se fue a la cocina, en donde se preparó un sólido desayuno. Al terminar, se ocupó de la limpieza. Luego salió de la casa. Tenía que hablar con Kroft.

* * *

Urko empezaba ya a conocerle y meneó la cola. Sus ladridos eran ahora amistosos. Ardmore se arriesgó a acariciarle la cabeza.

El viejo salió a la puerta de la casa.

—¿Otra vez aquí? —gruñó.

Ardmore sonrió. Avanzó unos pasos y le entregó el paquete.

—Cometí un error al intentar darle ayer una propina —se disculpó—. Pienso que esto es mejor, Jürgen.

Kroft cogió el bulto con ademanes recelosos.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ábralo y lo verá.

Entraron en la casa. Kroft cortó la cinta, rompió el papel y dejó el obsequio al descubierto. Ardmore le observaba con disimulo.

Al cabo de un momento, satisfecho, vio que se suavizaba la expresión del anciano.

—Es verdaderamente preciosa —dijo Kroft—. La verdad, hace tiempo que le tenía echado el ojo, pero es demasiado para mí…

—Nada de eso, Jürgen. Se lo merece de sobras y celebro infinito que le haya gustado.

—Sí, mucho, se lo digo con sinceridad. Pero… —Kroft le miró

con un solo ojo—. Usted quiere algo de mí —añadió, malicioso.

—Es cierto. ¿Puedo sentarme?

Kroft hizo un ademán.

—¿Quiere una copa de «schnapps»?

Ardmore pensó que el anciano se sentiría ofendido si rechazaba la invitación y sonrió alegremente.

—Venga esa copa, Jürgen.

Al cabo de unos instantes, Kroft se sentó frente a él.

—Bueno, suéltelo —dijo.

Lo había conseguido, pensó Ardmore. Al fin, había logrado que Kroft se mostrase dispuesto a cooperar con él.

—Jürgen, quiero entrar en Marienberg —declaró.

—Bueno, eso es fácil. Se va allí, se llama a la puerta y…

—Pero yo quiero entrar sin que se enteren.

—Oh, comprendo —Kroft se puso a cargar su vieja pipa—. Los muros son muy altos, señor Ardmore.

—Sé escalar.

—Y necesita una cuerda.

—Más un gancho. Si no lo tiene usted, podrá encargárselo a Lanke. Se lo haría en pocos minutos. Usted le da cualquier excusa…

—Tengo un buen gancho ahí atrás, aunque debería forrarlo.

—Lo forraremos.

—En cambio, no tengo la cuerda que necesita.

—Por eso he venido a verle. De usted no sospecharán. Puede necesitar la cuerda para… cualquier cosa que le haga falta en la casa. Yo me haría sospechoso enseguida.

—¿Por qué?

—Jürgen, voy a contárselo todo. Creemos que los niños han sido secuestrados. Por eso sus padres se muestran reacios a hablar. No he conseguido que ni uno solo de ellos me diga nada referente al castillo o a la condesa.

Los dientes del anciano se cerraron bruscamente sobre el tubo de la pipa.

—No —dijo.

—Estoy seguro de que es así, Jürgen.

—Por todos los diablos… Sabía que eran malos, pero nunca me imaginé que llegasen hasta ese extremo.

—Están decididos a todo —dijo Ardmore—. Y conocemos los

motivos. La corona de la Virgen.

Kroft hizo un movimiento de afirmación.

—Ya no hay duda —repuso—. De todos modos, me gustaría confirmarlo.

—¿Podrá hacerlo?

—En esa excursión viaja mi nieto. Se llama Willy Eidlang. Mi hija Mathilda está casada con Horst Eidlang. La verdad es que mi yerno y yo no estamos en muy buenas relaciones. Tengo un carácter difícil y lo admito. Además, usted sabe que me casé con otra mujer… a Mathilda no le gustó.

—Entiendo.

—Pero esto que sucede es ocasión para dejar de lado rencillas familiares. Hablaré con ellos.

—Gracias, Jürgen —sonrió Ardmore.

—Vuelva a la tarde; tendrá la cuerda y el gancho. Pero me gustaría indicarle el mejor camino y, sobre todo, evitarle una desagradable sorpresa.

—¿Cómo?

—¿Ha oído hablar de la «Dama de Nuremberg»?

Ardmore sintió un escalofrío.

—Es esa especie de sarcófago, cuya tapa tiene por dentro cientos de pinchos. Al cerrarse, atraviesan al infeliz que está dentro.

—Exactamente —corroboró el anciano—. Y ahí, en Marienberg, tienen una «Dama».

El joven movió ligeramente la cabeza. Ahora ya sabía por qué Gretchen Müller había aparecido cosida a pinchazos.

* * *

Cuando regresaba al hotel, vio en la puerta una figura femenina. Sandra Rotten le dirigió una cálida sonrisa.

—¿Cómo está, señor Ardmore? —saludó—. Vine a verle, pero me encontré que había salido. Por fortuna, ha vuelto a tiempo.

Las cejas de Ardmore se levantaron.

—Debo deducir que quiere hablar conmigo —dijo.

—Si no tiene inconveniente…

—Ninguno —Ardmore extendió una mano—. Entre, por favor.

Pasaron al vestíbulo. Sandra miró a derecha e izquierda.

—No hay nadie —observó.

«Demasiado lo sabes», pensó él.

Pero, sonriendo, se acercó al pequeño mostrador que servía de bar.

—¿Le sirvo algo de beber?

—*Whisky*, gracias.

Había un taburete y ella lo ocupó. Ardmore quedó en el lado interior de la barra.

—La escucho, señora Rotten —dijo.

—El otro día estuvo preguntando por Irina von Becklenburg.

—No puedo negarlo, señora.

—¿La ama?

—Se lo diré a la interesada, cuando la vea.

—¡Por Dios! —rió ella—. No es nada deshonroso…

—No suelo confiar a extraños mis sentimientos íntimos, señora.

—Dispense, no quería molestarle. Pero, si ella no está en Marienberg, ¿por qué se ha quedado aquí?

—Debe volver. La esperaré.

Sandra abrió el bolso y sacó un papel, que puso en las manos del joven.

—Recibimos ayer este telegrama. Lea, por favor.

Ardmore dejó su vaso a un lado. El telegrama procedía de Niza:

> «SEGUIRÉ AQUÍ TODO EL VERANO. ENVÍEN CORRESPONDENCIA “HOTEL EXCÉLSIOR”. SALUDOS, IRINA».

—De modo que ya tiene su dirección —sonrió Sandra.

—De acuerdo. Me marcharé mañana.

—A las siete de la tarde pasa un tren para Colonia.

Era una indirecta muy poco disimulada. Ardmore sonrió.

—Muy bien, tomaré el tren —contestó.

Sandra pareció sentirse más aliviada.

—Salude a Irina en nuestro nombre cuando la vea —dijo—. Y celebraré que el encuentro de los dos llegue a fructificar en algo duradero.

—Así lo espero yo también. —«Te calé, zorra; ese telegrama es tan falso como el alma de Judas», pensó Ardmore.

Sandra se puso un cigarrillo en los labios. Ardmore se apresuró a encendérselo galantemente. Luego, ella le quitó sucesivamente el telegrama y el encendedor. Puso el primero sobre un cenicero y

acercó la llama al papel.

Estaba claro. No querían que estudiase el telegrama demasiado a fondo. Acabaría por descubrir que se trataba de una falsificación.

—¿Le ha gustado Kettmaringen? —preguntó Sandra de pronto.

—Muchísimo. Volveré más veces —contestó él.

—En invierno, sin embargo, es horrible.

—Ahora estamos en el buen tiempo…

La conversación derivó hacia temas banales. Era un diálogo forzado, sin alicientes. Al cabo de unos minutos, Sandra se apeó del taburete y alargó su mano.

—Celebro haberle dado una buena noticia, señor Ardmore.

—Y yo agradezco infinito las molestias que se han tomado por mí —sonrió él.

Sandra se marchó. Él la acompañó hasta la puerta del hotel. La mujer había llegado en su coche. Montó, agitó la mano en señal de despedida y arrancó en dirección al castillo.

—He dicho que tomaría el tren de las siete, pero también he prometido volver —murmuró el joven para sí.

Tenía ganas de fumar y hurgó en sus bolsillos. Sus dedos tocaron de pronto un papel y lo sacó.

Era la carta de Bertha. Casi maquinalmente, volvió a leerla.

Entonces, notó algo que antes le había pasado por alto. Era un mensaje bastante extraño. ¿Por qué mencionaba Bertha «los agradables ratos que habían pasado juntos»? Cualquiera, al leer aquel párrafo, habría pensado en unas relaciones íntimas.

Además, le tuteaba, cosa que no había hecho hasta el presente. Sí, todo aquello se le antojaba muy raro, pero, repentinamente, creyó comprender la verdad.

De una forma críptica, que sólo él pudiera entender, Bertha le avisaba de algún grave suceso. Bertha no tenía por qué mencionar cosas que no habían sucedido. Y, ¿por qué tutearle repentinamente, dándole un tratamiento que sólo debía concederse a un íntimo?

—Está claro —dijo, tratando de dominar su cólera—. La han secuestrado y ella, imposibilitada de pedir socorro, ha empleado este procedimiento para decírmelo.

Lanzó una mirada hacia el castillo. Si Bertha había sufrido algún daño…

Se estremeció al pensar que podían haberla sometido al abrazo

de la infernal «Dama de Nuremberg».

CAPÍTULO X

La locomotora llegó resoplando, envuelta en nubes de vapor, con los faroles encendidos, dada la proximidad de la noche. Nadie se apeó en la estación.

El único viajero, cargado con una mochila, subió al último vagón de los tres que componían el convoy. Se oyó el silbato de la locomotora y los pistones se movieron en el interior de los émbolos.

Ardmore lanzó una última mirada a la estación, todavía en la plataforma. Un hombre surgió de pronto, saliendo del escondite que le habían proporcionado unos fardos. Ardmore e Igor cambiaron una mirada de indiferencia. Luego, el joven penetró en el vagón.

Cerró la portezuela. A través del cristal, vio a Igor que buscaba la salida de la estación. Sonrió para sí.

El tren, todavía muy despacio, entró en una trinchera con trazado curvo. Ardmore volvió a la plataforma.

Asomó el cuerpo. El final de la trinchera estaba a cien metros de distancia.

Se quitó la mochila y la sostuvo con una mano, agarrando con la otra el pasamanos. Los resoplidos de la locomotora se multiplicaban al rebotar contra los muros de la trinchera.

Apenas estuvieron fuera, Ardmore lanzó la mochila al terraplén. Luego, encogiéndose de piernas, soltó la izquierda y se dejó caer.

En el aire todavía, cubrió su cabeza con los brazos. Chocó contra el suelo inclinado, rodó unas cuantas veces y, al fin, encontró a su paso un arbusto, que frenó en seco su descenso. Lanzó un suspiro de alivio, se sentó en el suelo.

Notó humedad en la mejilla derecha. Se pasó la mano y retiró los dedos manchados de rojo. Con el pañuelo, restañó como pudo la ligera hemorragia producida por el rasguño.

Aún había un poco de luz. Buscó la mochila y se la cargó a la espalda. El Haar corría a su izquierda, por un profundo cauce,

atravesado por el puente de hierro que el tren había cruzado poco antes.

Terminó de arreglarse y descendió por el terraplén. Luego, dando un gran rodeo, se encaminó a la casa de Kroft.

* * *

Urko ladró.

—Soy yo —dijo Ardmore.

Un rectángulo de luz amarilla se dibujó de pronto en la fachada de la casa. Kroft apareció, recortándose en negro contra el fondo iluminado.

—Pensé que ya no iba a venir —dijo.

—Me expulsaron del pueblo —contestó él.

—¿Cómo?

—Sandra Rotten vino a verme y me enseñó un telegrama de Irina, en que les anunciaba permanecía en Niza durante todo el verano, en el hotel Excélsior. Luego me dijo que había un tren que salía a las siete.

—Vaya, una bonita forma de quitarse de en medio un estorbo —sonrió el anciano—. Entre, hombre; le daré una copa de «schnapps». Pero tiene la cara manchada de sangre…

—Fue al tirarme del tren en marcha —explicó el joven—, Igor fue a la estación, para comprobar si lo tomaba. Salté poco antes del puente de hierro sobre el Haar.

—Un bonito truco. Ha sabido hacerlo bien, no cabe duda.

Kroft estaba llenando la copa junto a la consola. Ardmore tomó un buen trago y luego hizo una petición:

—¿Puedo pasar al baño a curarme?

—Claro. Hay mercromina y esparadrapo. ¿Le ayudo?

—No, gracias, me las arreglaré yo solo.

Ardmore entró en el baño. Primero se lavó la cara a conciencia, limpiándosela de polvo y sudor. Luego desinfectó el rasguño y, finalmente se aplicó una tira de tela adhesiva.

—He preparado cena —dijo el anciano cuando salió—. Supongo que no querrá ir muy temprano.

—Desde luego.

—Así que la condesa vive…

—No, Jürgen. Ha sido asesinada. El telegrama es falso. Lo vi

claramente. Pero, además, hay otra cosa. Si Irina hubiese vivido, sabría que yo iba a venir por estas fechas. En caso de haberse marchado antes de mi llegada, podía haber hecho una de estas dos cosas: o dejarles recado de que me reuniese con ella en Niza o telegrafiarme directamente.

—Entiendo. Es cierto —convino Kroft—, ya no se puede dudar de su muerte. Pobre chica, bien mirado, no era mala del todo. La educación que le dieron, ¿comprende?

Ardmore asintió. No se podía negar que el anciano tenía buena parte de razón. Cuando bahía estado con Irina, ella se había mostrado dulce, sensitiva y apasionada. Quizá no había tenido tiempo todavía de demostrar su verdadero carácter. Aparte de que el trato que debía sostener con él tenía que ser a la fuerza muy distinto que el que tenía con otras personas, en especial, quienes pagaban rentas por tierras o casas de su propiedad.

—Sí, es posible —murmuró.

Kroft indicó una silla.

—Siéntese, la cena estará dentro de un cuarto de hora. Luego seguiremos hablando —cuando marchaba a la cocina, se volvió—. Ah, ya tengo la cuerda y el gancho.

—¡Estupendo! —Sonrió el joven.

* * *

Después de tomar café, Ardmore encendió un cigarrillo. Kroft cargó su vieja pipa.

—Tengo que quemar la nueva —dijo con aire intrascendente, y en el mismo tono, añadió—: Es verdad, esos canallas tienen secuestrados los chicos.

Ardmore adelantó el torso.

—¿Ha hablado con su hija?

—Y con su marido. No querían admitirlo, pero les apreté y confesaron. Henningsen preparó la excursión, con la ayuda de los cómplices que tiene en el castillo y de los dos que viajan en el autocar. Cuando los chicos se hubieron marchado, reunió a los padres y les hizo saber la verdad. Dijo que tenía una emisora de radio y que el autocar no estaría nunca a más de setenta u ochenta kilómetros de distancia, y que podría llamar al conductor en cualquier momento.

—Es fácil imaginarse el resto. Pero luego podrían denunciarle a la policía…

—¿De veras? Los chicos han salido de excursión, patrocinada por Henningsen. Creerían que los denunciantes estaban locos, si les hablasen de secuestro. No, ha sabido hacerlo bien, metiéndoles el miedo en el cuerpo. Y los que no tienen hijos, como Zwalfveig y algunos otros, callarán por no perjudicar a sus amigos.

—Henningsen calculó que mi estancia aquí iba a durar muy poco. Sin embargo, nunca se imaginó que yo quisiera investigar qué había sido de Irina. Sospeché en cuanto dijo que ella estaba en Niza desde hacía mucho tiempo, pero eso no podía ser, porque en las fechas que él mencionaba como de su ausencia, Irina estaba todavía aquí. Se hizo una fotografía y me la envió, poniendo la fecha al dorso, ¿comprende?

—Sí —contestó Kroft—. ¿Lo sabe él?

—Todavía no se lo he dicho. Puede que lo haga esta noche. Aunque quizá lo sepa ya.

—¿Por qué?

—Ha secuestrado también a la maestra.

—*¡Gott im Himmel!* —Juró Kroft—, ¿ha hecho eso?

—Esta mañana, cuando fui a casa de Bertha, la encontré vacía. Ella había dejado una nota, diciendo que se iba a casa de su madre, otra vez enferma. Pero la nota fue redactada de una forma que me hizo saber era mentira. Tuvieron que llevársela por la noche.

—Y la habrán asesinado…

Ardmore se estremeció.

—Sería capaz de estrangularlo con mis propias manos —dijo.

—¿Tiene esperanzas?

—Sí, francamente. Ellos deben de pensar que tal vez Bertha me impulsa a quedarme aquí. La chica no sabe nada de lo que pasa, según creen ellos, pero si veo que se ha marchado, perderán interés.

—Bueno, eso sí es un secuestro y Bertha puede denunciarles después…

—Presiento que han conseguido o están a punto de conseguir lo que buscan: la corona de la Virgen. Entonces, se marcharán y, ¿quién los alcanza después?

Kroft movió la cabeza repetidas veces.

—Tiene que ir a Marienberg —dijo—. Es usted joven y podrá

escalar los muros. Mire, he preparado unos esquemas del interior del castillo…

El anciano despejó la mesa y puso encima unos papeles. Luego fue señalando los lugares más adecuados para que Ardmore pudiera llegar hasta el interior, evitando riesgos. Media hora más tarde, el joven tenía la razonable seguridad de poder moverse por dentro de Marienberg sin demasiadas dificultades.

—Una pregunta más todavía, Jürgen. Si Irina está muerta, ¿dónde la enterraron?

—Hay una capilla en la cripta, con un sepulcro de sus antepasados. Ése es uno de los posibles lugares. El otro, la cisterna seca del patio Oeste. Hace muchísimos años que no se usa, desde que el padre de Irina instaló un gran depósito de agua, con una bomba que la sube desde el Haar. Entonces, decidió cegarla, pero sólo le puso una tapa de tablas muy gruesas. Claro que también pudieron enterrarla en cualquier sitio de la ladera, entre los árboles…

—Me quedo con la cripta o la cisterna —sonrió el joven, a la vez que se ponía en pie—. Bien, creo que es hora de que me prepare.

Fue al baño y se cambió de ropa, poniéndose un jersey y pantalones negros. Tenía el pelo castaño oscuro, de modo que no merecía la pena taparlo con un casquete. Cuando salía, Kroft le dio algo.

Ardmore parpadeó.

—¿Cree que debo llevarla?

—No le estorbará. Esa gente es peligrosa. Están dispuestos a lodo.

El joven contempló la «Walther P. 38» que le había entregado Kroft y acabó metiéndola en la pretina de los pantalones.

—Sí, puede ser útil —convino.

Kroft le entregó el rollo de cuerda.

—Tiene más de veinte metros y ya le he indicado el lugar más adecuado para trepar —dijo.

—Perfectamente.

Ardmore se encaminó hacia la puerta. De pronto, antes de salir, se volvió hacia el anciano.

—Jürgen, usted sirvió muchos años en el castillo. En su opinión, ¿dónde puede estar escondida la corona?

Kroft entornó los párpados.

—No lo sé, aunque estos días me ha venido a la memoria un incidente que ocurrió un año antes de que me despidiera —Kroft añadió algo y continuó—: Tenía una lámpara en su interior y se veía todo estupendamente, además de que era muy decorativo. Un día, el conde me dijo que lo cambiara de sitio. Me pareció que pesaba más de lo normal en un objeto de esa clase Luego, cuando fui a enchufar la clavija, me dijo que no lo hiciera, puesto que había decidido que ya no le gustaba. Entonces no le di importancia al suceso, pero estos días, pensando en el asunto, me pregunto si no estará allí.

Ardmore sonrió.

—Puede que tenga razón —dijo—. En todo caso, es un magnífico escondite. Deséeme suerte, Jürgen.

—Buena suerte, señor Ardmore.

El joven abrió y se precipitó en la oscuridad. *Urko* le vio pasar por su lado, pero no hizo gesto hostil.

Kroft salió a la puerta, sujetando la pipa con sus dientes. Contempló unos segundos la siniestra silueta del castillo y luego se volvió al interior.

—Dejaré que llegue a su objetivo, Entonces, me tocará a mí ayudarle —murmuró.

CAPÍTULO XI

Casi una hora más tarde, cerca ya de las diez de la noche, Ardmore alcanzó la base del muro por donde pensaba iniciar el asalto al castillo. La luna había salido ya, todavía muy roja, y daba la luz suficientemente para ver sin dificultades.

En aquella fachada no se divisaba ninguna luz encendida. Ardmore desenrolló la cuerda y sopesó el gancho. Kroft era muy mañoso. Había hecho una buena labor, forrándolo con numerosas vueltas de tela, bien apretada y convenientemente sujeta, lo que eliminaría la mayor parte del ruido en el choque contra la piedra.

Levantó la mirada. El borde del muro estaba a una distancia situada entre los dieciséis y dieciocho metros. No había ningún saliente, salvo los antepechos de las ventanas, muy inclinados, lo que impedían considerarlos como asideros en caso de apuros.

Durante unos segundos, hizo girar el gancho, buscando adquirir impulso. Luego lo disparó hacia arriba.

Falló el primer intento, pero el gancho agarró al segundo. Antes de iniciar la ascensión, Ardmore se suspendió de la cuerda, comprobando que le sostenía sin problemas. Puso los pies en el suelo, inspiró con fuerza y, al cabo de unos segundos, inició la subida.

Fue una operación relativamente fácil. Menos de dos minutos después, estaba al otro lado del borde del muro, y al pie de un tejado muy inclinado, de pizarra. Había un trozo llano, de treinta centímetros de anchura, y caminó por él, hasta que encontró la abertura de una buhardilla.

Estaba cerrada, pero había ido prevenido, con una sólida navaja y un destornillador. Momentos después, se abría paso en el interior.

La linterna que llevaba, como los demás instrumentos, proporcionada por Kroft, le permitió ver que se hallaba en un desván, lleno de polvo y telarañas. Lo cruzó en silencio y abrió la

puerta que había al fondo.

Entonces, salió a un corredor, al final del cual se divisaban dos puertas. La primera daba a una vieja escalera de madera, en voladizo, que terminaba en un profundo y angosto patio. Allí, se dijo, estaba la vieja cisterna seca.

Tenía que usar la otra puerta. Iba a cerrar la primera, cuando, de pronto, le pareció percibir un débil olor, nada agradable.

Alargó el cuello un instante. El olor subía del patio. Se estremeció.

Era hedor a muerto. Sí, Kroft tenía razón; Irina había sido arrojada a la vieja cisterna. ¿También Gretchen? ¿Y los Zwalfveig?

Procurando apartar aquellas tétricas ideas de su mente, abrió la otra puerta. Un débil resplandor llegó a sus oídos.

La luz procedía de la planta inferior. En silencio, puso el pie en el primer peldaño. De pronto, oyó voces.

Bajó unos cuantos escalones más. Era Sandra la que hablaba:

—Esa chica se ha cerrado en banda. No quiere soltar palabra.

—Tampoco importa demasiado…

—Eso es lo que tú piensas, Karl. A mí no me gustaría terminar con ella sin conocer todo lo que sabe. Es una precaución elemental.

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos?

—Hay un medio muy sencillo. Hazle creer que la «Dama» la va a matar. Entonces, se acobardará y cederá.

—Muy bien —contestó Henningsen—. Llamaré a Igor…, pero tenemos que darnos prisa. Sólo contamos con pocas horas de tiempo. No se puede mantener la farsa de la excursión más allá de cuarenta y ocho horas.

—Llevamos aquí años enteros y aún no has dado con la pieza —dijo ella exasperadamente—. A veces me pregunto si lo que tienes debajo del pelo es cerebro o puré de espinacas.

—No seas cáustica. El conde nunca quiso mencionar el asunto, ni siquiera por alusiones. En cuanto a la hija, si lo sabía, se llevó su secreto a la tumba.

Sandra rió burlonamente.

—Di más bien a la cisterna —exclamó.

Ardmore se estremeció. Ya no había dudas: Irina estaba muerta. Y la cisterna había sido su sepultura.

Allí estarían también Gretchen Müller y los Zwalfveig. Egon

había muerto, era seguro. En cuanto a Hannelore… Debería oírse su voz y no era así.

Henningsen emitió un potente grito:

—¡Igor, trae a la chica!

Ardmore descendió cuatro o cinco peldaños más. Entonces se encontró en el inicio del corredor del primer piso y la escalera que conducía al vestíbulo se hallaba al otro lado. Las voces salían de una estancia próxima. Pisando de puntillas, corrió hasta situarse al otro lado de la esquina donde terminaba la escalera.

Aguardó unos momentos. Pronto oyó unos pasos.

Henningsen emitió otro bramido:

—¡Igor, maldito! ¿Por qué tardas tanto?

—Ya va, ya va —contestó el gigante—. No hay por qué enojarse; tenemos tiempo de sobra…

Igor y la muchacha estaban ya a punto de llegar al término de la escalera. Instantes después, alcanzaban el corredor y doblaban hacía su derecha.

Entonces, Ardmore alargó la mano izquierda y asió los cabellos del gigante, a la vez que apoyaba la boca de la pistola en su nuca.

—Igor, una sola voz y eres hombre muerto —susurró.

* * *

El joven advirtió un súbito estremecimiento en Bertha y lanzó una rápida advertencia:

—Silencio, soy yo, Derek.

Ella dejó escapar sibilante el aire contenido en los pulmones. Ardmore notó que Igor intentaba moverse y acentuó la presión de la pistola.

—Quieto o te vuelo la sesera.

El gigante se inmovilizó en el acto.

—Bertha, ¿estás bien? —preguntó Ardmore.

—Sí, Derek.

—Apártate de este mastodonte.

La muchacha dio unos pasos en sentido literal. Ardmore se dijo entonces que su situación, pese a todo, no era buena. Tenía prisionero a Igor, pero si se relajaba un poco para golpearle, el otro no desaprovecharía la ocasión.

Igor se dio cuenta de sus vacilaciones y soltó una risita.

Súbitamente, elevó las manos hacia atrás y, con los nudillos, alzó la pistola. Al mismo tiempo, disparaba igualmente hacia atrás su pie derecho.

Ardmore tuvo que encogerse para evitar el golpe, pero ya había perdido la iniciativa. Igor sujetó su mano armada y empezó a hacer presión con los dedos de la mano derecha.

La pistola cayó al suelo. Ardmore sintió una horrible agonía en la mano. Instintivamente, aflojó los dedos y soltó el arma, que cayó al suelo.

Igor rió silenciosamente, con una risa brutal, sádica. Ardmore, aunque robusto, era un juguete en sus manos.

—Me engañaste al simular que te marchabas en el tren —dijo.

Alzando la mano derecha, sin soltar al joven, abrió y cerró los dedos varias veces, gozándose de antemano por el pavor que infundía en su prisionero. De súbito, Ardmore le vio torcer la boca, en una mueca de dolor, a la vez que emitía un corto chillido.

Bertha le había golpeado en la rodilla con la puntera de su zapato. Igor lanzó un gruñido de furia.

Ella repitió el golpe. Igor soltó al joven y empezó a saltar ridículamente a la pata coja. Ardmore aprovechó para disparar el puño con todas sus fuerzas, dirigiéndolo deliberadamente a la nariz del gigante.

—¡La pistola, Bertha! —gritó.

La muchacha se precipitó hacia el arma. Pero no tuvo tiempo siquiera de rozarla con los dedos.

—Deje ese chisme, señorita —ordenó Henningsen fríamente, armado con un revólver—. Si lo toca, dispararé.

Ardmore había vuelto su atención hacia el conservador, olvidándose momentáneamente de Igor. Fue un error, porque el gigante le golpeó en la mandíbula, derribándolo al suelo sin conocimiento.

* * *

Alguien le arrojó un jarro de agua al rostro. Ardmore sacudió la cabeza. La frialdad del líquido alejó de su cerebro las brumas que lo envolvían. Poco a poco, consiguió enfocar sus pupilas.

Al cabo de unos momentos, se dio cuenta de que estaba en una habitación de notables dimensiones, lujosamente amueblada. Era

una especie de estudio o cuarto de trabajo, con una gran mesa en uno de sus ángulos, encima de la cual se divisaba un globo terráqueo.

Había también otros muebles, uno de los cuales era una estantería alta y estrecha, con algunos libros. Ardmore, sin embargo, tenía la vista fija en el globo que representaba el planeta.

Henningsen apareció de pronto en su campo visual, con una copa en las manos.

—Beba —invitó, a la vez que se la ofrecía.

El joven estaba sentado. Con el rabillo del ojo apreció que Bertha se hallaba a su izquierda, también sentada, pero sujeta a la silla por una soga.

—Ella no tiene nada que ver con todo esto —dijo—. Suéltenla.

Henningsen hizo un gesto negativo.

—Ya es imposible —contestó.

Sandra estaba sentada en el borde de la mesa, con el brazo izquierdo lánguidamente reclinado sobre el globo terráqueo. Sostenía un cigarrillo con los labios y sonreía burlonamente.

—Van a matarnos —dijo Ardmore, después de tomar un sorbo de coñac.

—Sí, aunque antes queremos saber… qué es lo que saben los dos —manifestó Henningsen.

—Oh, todo —sonrió el joven—. Irina está muerta, lo mismo que Gretchen Müller, Hannelore, su esposo… Y todos en la cisterna.

Sandra se puso rígida.

—¿Cómo diablos se ha enterado? —chilló.

—Soy detective profesional. Estoy acostumbrado a interrogar a la gente, incluso cuando no quieren hablar. Por eso he llegado a saber que tienen a los niños secuestrados, para que sus padres guarden silencio. Una forma muy especial de hacerme abandonar el pueblo cuanto antes, ¿verdad?

Henningsen parecía muy pensativo.

—Irina está muerta —admitió—. Lo siento, no queríamos que muriese, pero resultó que tenía el cuello demasiado débil.

—Seguramente, quiso obligarle a que le dijera dónde está la corona de la Virgen, ¿no?

—¿También lo sabe? —Se asombró Henningsen.

—Te dije que era un tipo peligroso. Debimos haberlo liquidado

el primer día, en lugar de montar esta comedia absurda y disparatada —intervino Sandra rabiosamente.

—Ya está hecho y no vale la pena lamentarse. Pero todavía se pueden arreglar las cosas.

—Lo dudo mucho —dijo Ardmore—. Irina está muerta y tendrán que pagar por ello.

—Usted lo supo desde el primer día —gruñó Henningsen, ceñudo.

—Sí —admitió el joven—. Ella me envió una fotografía suya, fechada el tres de marzo. Usted dijo que Irina se había marchado mucho antes.

Henningsen asintió con repetidos movimientos de cabeza. Sandra se encolerizó de nuevo.

—Si le hubieras quitado todas las cartas que le escribía… —chilló descompuestamente.

—Ella sospechaba algo, por eso la llevó directamente al vagón correo del tren —se defendió Henningsen—. Si yo he cometido errores, tú tampoco te has quedado atrás.

Hizo una corta pausa; luego añadió:

—En el peor de los casos, recuerda, sigo siendo el conservador, con «acceso» a las cuentas bancarias. Nadie sabe que Irina está muerta; puedo vaciar su fortuna…

—A falta de la corona, buenos son los billetes, ¿no? —dijo el joven irónicamente.

Henningsen le miró suspicazmente.

—Apostaría algo a que Irina se lo dijo —exclamó.

—¡Sí, tienes razón! —Gritó Sandra—. Él lo sabe… Irina le importa un pimiento, viva o muerta. Lo que busca es la corona.

—Oigan, están equivocados… —Intentó protestar el joven.

—Lo sabe y vamos a sacárselo —sonrió Henningsen.

—No me obligarán a hablar. Soy muy resistente.

Henningsen seguía sonriendo.

—Nos gastó una broma, devolviendo el cadáver de Gretchen. Lo habíamos dejado en su cama, para que fuese descubierto y así la gente de Kettmaringen supieran qué podía pasarles, si se iban de la lengua, Pero usted no sabe aún cómo murió Gretchen.

Ardmore decidió fingir ignorancia. Le convenía, pensó rápidamente.

—Dígamelo, ¿quiere? —solicitó, cortés.

—¿Ha oído hablar de la «Dama de Nurenberg»?

—Sí, un poco…

—Aquí tenemos una parecida, aunque con ciertas diferencias que, sin embargo, no afectan al resultado final. Creo que fue obra de un antepasado de Irina, hombre algo chiflado y amigo de deshacerse de sus adversarios, proporcionándose al mismo tiempo un poco de diversión. Créame, son más de cien cuchillos que se clavan a la vez en el cuerpo del sentenciado… y, en este caso, la muerte se puede hacer rápida o demorarse horas enteras, según la intensidad de la presión de los cuchillos.

—Maravilloso. Un bonito atractivo turístico —dijo Ardmore, sarcástico.

—No se burle, inglés —contestó Henningsen secamente—. Porque si no quiere hablar, su buena amiga Bertha Hemmer recibirá las caricias de la «Dama de los Cien Cuchillos». ¡Y lo haremos ahora mismo!

CAPÍTULO XII

Ardmore se quedó helado al oír aquellas palabras. Estaba prevenido para solucionar aquel problema, si se trataba de él, pero no había contado con la decisión de Henningsen.

Su mente funcionó a toda precisión. ¿Debía ceder?

—¿Y bien? —dijo Sandra, impaciente.

—Esperen un momento —pidió Ardmore—. Antes de decir nada, quiero hablar con Bertha a solas. Aquí, en esta habitación, para que vean que no vamos a escaparnos. Tengo que hacerle una pregunta y de ello depende que pueda decirles dónde está la corona. ¿Aceptan?

Henningsen y Sandra cambiaron una mirada. Al fin, el primero hizo una señal a Igor, que asistía impaciente al desarrollo de los acontecimientos.

El gigante se acercó a la muchacha y la soltó. Ardmore se había puesto en pie y caminó hacia el rincón opuesto de la estancia.

Bertha le siguió, con el temor retratado en el rostro. Ardmore procuró tranquilizarla.

—No temas —dijo en voz baja—. Es posible que te hagan entrar en la cámara de los cuchillos, donde murieron las otras. En tal caso, apenas estés dentro, sitúate de tal modo que tu costado izquierdo quede dando al lugar por donde has entrado. Entonces, alarga la mano derecha y aprieta un saliente en forma de burbuja, que hay en la pared opuesta. Es un cubículo poco más grande que un ataúd y no tendrás luz. Tienes que hacerlo rápidamente, ¿entiendes? Entonces…

Bertha abrió mucho los ojos.

—Sí, lo haré.

—Recuerda, la burbuja de la derecha, a la altura de tu cadera, más o menos —añadió él.

Apretó suavemente el brazo de la joven y levantó la mirada.

—Ya está —dijo.

—Bueno, suéltelo de una vez —pidió Sandra.

—Irina se llevó la corona. Quería venderla a unos joyeros franceses.

Henningsen lanzó un rugido de fiera.

—No es cierto —aulló.

—Lo lamento —contestó el joven fríamente.

Henningsen avanzó hacia él.

—Irina no se llevó la corona a Niza, por la sencilla razón de que no fue allí —dijo.

—Luego admite que la asesinó. Creí que había sido Igor…

—¡Sí, fui yo! —gritó el conservador, ebrio de ira.

De pronto, agarró a Bertha y la empujó hacia la estantería.

—¡Igor, ayúdame!

Ardmore no intentó oponer resistencia, temeroso de perder el sentido por segunda vez. Henningsen tocó un resorte y la estantería giró a un lado. Inmediatamente, empujó a la muchacha y la arrojó al interior del cubículo.

—¡Por última vez! —gritó descompuestamente.

—No lo sé —dijo Ardmore, sin perder la serenidad.

—Está bien. Ella primero; después, usted.

Y cerró la estantería de golpe.

Luego sonrió con expresión perversa.

—Todavía tenemos un par de días de tiempo —dijo—. Igor, prepárate.

El esbirro se acercó a Ardmore, pero éste lo rechazó con gesto despectivo.

—No hace falta que me empujen —manifestó.

Avanzó hacia la estantería y se situó junto a uno de sus costados, rogando mentalmente porque Bertha hubiese hecho exactamente lo que le había indicado.

—Ya puede abrir —dijo.

—Sí, seguro —contestó Henningsen.

La estantería volvió a girar. Ardmore penetró apenas tuvo el hueco suficiente.

—¡Asesinos! —dijo, como si viese a Bertha atravesada por cien clavos.

Henningsen soltó la puerta que se cerró de golpe. En el mismo instante, Ardmore alargó la mano derecha y presionó la burbuja.

Otra puerta se abrió en el lado opuesto. Bertha se hallaba en el umbral, con una mano en el pecho. Ardmore la abrazó.

—Silencio —dijo.

Volvió la cabeza un instante. Los clavos eran apenas visibles. Mentalmente, bendijo a Kroft, que le había revelado el secreto de aquella cámara infernal.

—¿Y ahora? —dijo la muchacha.

Ardmore miró a derecha e izquierda.

—Por aquí —indicó, a la vez que tiraba de la mano de Bertha.

Estaban en un angosto corredor que, seguramente, no se había utilizado en muchísimos años. Al fondo se divisaba una puertecita. Tanteó el picaporte y vio que, aunque con dificultad, podía moverse. Empujó y asomó la cabeza, dándose cuenta de que salían a un dormitorio.

Al volverse, se percató de que la puerta falsa era un lavabo de estilo antiguo, situado en un panel de madera, con un gran espejo, debajo del cual se hallaban la palangana y la jarra, con sus soportes.

—Un truco increíble —murmuró.

—Si —convino ella—. ¿Y ahora?

De repente, oyeron un lejano griterío.

Ardmore corrió hacia la ventana. Decenas de antorchas se veían por el camino que conducía al castillo.

—Los vecinos han sacudido el miedo —exclamó—. Eso es obra del buen Kroft…

* * *

Después de que Ardmore hubo sido lanzado al interior de la cámara, hubo un profundo silencio en la estancia. Luego, Henningsen lanzó una maldición.

—No hemos conseguido nada…

—Al menos, nos hemos quitado de en medio dos molestos estorbos —dijo Sandra fríamente—. Igor, tendrás que sacar los cadáveres.

—Sí, señora.

Igor abrió la puerta secreta. Inmediatamente, lanzó un grito de asombro:

—¡No están!

—¿Cómo? —gritó Henningsen.

Se acercó al cubículo y miró en su interior. Estuvo así unos instantes y, de pronto, penetró en la cámara. Tocó la pared opuesta con ambas manos, hasta que, inesperadamente, vio que se abría la pared del lado opuesto.

—¡Han escapado! —aulló.

Sandra corrió hacia allí y entró también. Henningsen había salido al corredor y miraba a todas partes con expresión desconcertada.

—Espera, Sandra —dijo—. Voy a ver…

Ella estaba completamente dentro del cubículo. Henningsen soltó la otra puerta, que empezó a cerrarse de inmediato.

En aquel instante, fue cuando se oyeron los gritos en el exterior. Igor se volvió instintivamente y soltó la estantería, que retenía con una mano. La estantería empezó a cerrarse.

Sandra lanzó un agudísimo grito. Igor estaba ya en el centro de la estancia, acercándose a una ventana, cuando se dio cuenta del error cometido.

La puerta se cerró por completo. Sandra se sintió empujada hacia los cuchillos. Gritó desesperadamente y extendió las manos, tratando en vano de parar el inexorable avance de las puntas mortíferas. Sus palmas fueron traspasadas por aquellos agudos hierros y las manos retrocedieron.

Más puntas se clavaron en su cuerpo, en la barbilla… Incluso pudo oír el terrible crujido de los huesos al ser traspasados… Notó horribles dolores en todas partes: los senos, el vientre, los muslos, la garganta, los hombros… Sintió que todo se volvía negro y sus rodillas perdieron fuerza, pero no cayó, porque los cuchillos la sostenían en pie.

Igor abrió la puerta. Las dos paredes se separaron y el cuerpo de Sandra, traspasado por cien lugares distintos, cayó hecho un ovillo, sobre un mar de sangre.

En aquel momento, Henningsen abría la puerta y vio el espantoso cuadro. Igor temblaba de pies a cabeza.

—Lo… lo siento… Fue algo involuntario…

Un horrible alarido de furia brotó de labios de Henningsen. Sacó su pistola y disparó hasta agotar la munición.

Entonces, aturdido, miró a su alrededor.

Los gritos sonaban cada vez más próximos. No tenía más

remedio que intentar la huida, a cualquier precio. Se escondería y, después…

Saltando por encima de los dos cuerpos, corrió hacia la puerta de la sala. Abrió, dio un paso fuera y un puño se estrelló contra su mentón.

Ardmore se chupó los nudillos pensativamente.

—No hay pena de muerte en Alemania, pero te pasarás en la cárcel el resto de tus días —murmuró.

Abajo sonaban unos terribles golpes. Ardmore miró a la muchacha y sonrió.

—Voy a abrirles —dijo.

* * *

Varios vecinos, dirigidos por Pullow, que había adoptado el aire solemne de representante de la ley, sujetaban a Henningsen, quien aparecía completamente abatido. Ardmore le dirigió una mirada oblicua.

—Cometieron tantos crímenes, para nada —dijo—. Durante años, buscaron algo que valía millones, sin encontrarlo, aunque lo tenían en todo momento delante de sus propios ojos. Antes de que se lo lleven, quiero que vean lo que tanto buscaban y por lo que tanta sangre se vertió inútilmente.

Se acercó al globo terráqueo y lo acarició ligeramente. Los ojos de Henningsen se abrieron de pronto.

Ardmore sacó una navaja y la hundió en la esférica superficie. Luego cortó de polo a polo y separó las dos mitades.

Un bulto, envuelto en terciopelo negro, apareció a la vista de todos los presentes. Ardmore lo sacó, depositándolo sobre la mesa, y desenvolvió la tela.

La corona, resplandeciente en sus cientos de piedras preciosas, apareció a la vista de todos los circunstantes. Se oyó un «¡Ah!» general de admiración.

Bertha la contempló arrobada. Jamás había visto nada tan bello.

Infinidad de destellos de todos los colores se desprendían de aquella joya inigualable. Henningsen quiso decir algo, pero no tenía voz suficiente para dejarse oír. Abrumado, bajó la cabeza y permitió que se lo llevaran sin oponer la menor resistencia.

Ardmore se volvió hacia Kroft.

—Gracias a usted, Jürgen —sonrió.

El anciano se acercó y acarició la corona.

—Deberá ser devuelta al lugar de donde fue robada —dijo.

—Sobre eso no hay duda alguna —convino el joven.

* * *

Había muchos policías en el pueblo. Ardmore había conversado extensamente con el comisario encargado de la investigación.

Los restos de cuatro cadáveres habían sido extraídos de la cisterna seca. Sobre la muerte de Irina ya no cabían dudas.

Los niños habían regresado, sanos y salvos. El miedo había desaparecido de la población.

—No hubo tal secuestro, aunque lo hicieron creer. Es cierto que ellos prepararon la excursión, pero las personas mayores que se cuidaban de los chicos eran absolutamente ajenas a todo. Ni tampoco tenían una emisora de radio para ordenarles que tirasen el autobús por un barranco.

Bertha asintió.

El día era claro, luminoso. Ardmore y la muchacha paseaban por un prado que había junto al Haar.

—Y tú entendiste el significado de la carta que te dejé —sonrió la muchacha.

—Es lógico. Decías cosas que no habían sucedido, pero que ellos no podían conocer. Por tanto, y sabiendo que no había noticias alarmantes de tu familia, me imaginé lo que había sucedido. Pero tampoco tuve miedo por ti, al menos, de una forma inmediata.

—Me interrogaron casi constantemente, sin darme apenas respiro. Querían saber todo lo que habíamos averiguado… aunque estoy segura de que habrían terminado por asesinarme. Sin embargo, confiaba en ti. A fin de cuentas, eres experto en esta clase de asuntos.

—¿Cómo? —Se sorprendió Ardmore.

—Eres detective profesional…

El joven se echó a reír.

—Fue una mentira destinada a impresionarles —explicó—. Mi trabajo, en realidad, consiste en dirigir una bien reputada oficina de informes sobre exportaciones e importaciones. Nada que tenga que ver con la policía o cosa parecida. Pero soy el propietario de la

empresa y puedo permitirme el lujo de ausentarme cuando me parece. Tengo buenos subordinados… En fin, me desenvuelvo sin problemas.

Ella le contempló, entre admirada y desconcertada.

—Nunca me lo hubiera imaginado —manifestó.

Ardmore se apoderó de su mano.

—Pronto tendré que volver a Londres —dijo—. Pero, en cuanto me sea posible, volveré a Kettmaringen.

Miró a su alrededor, sonrió y agregó:

—Es un lugar precioso, Bertini. Con muchos atractivos y no sólo los que son producto de la naturaleza.

Bertha se sonrojó ligeramente.

—Derek, me gustaría que contestases a una pregunta —dijo.

—Desde luego —accedió él.

—¿Habías llegado a enamorarte de Irina?

Ardmore meditó un instante.

—Es difícil dar una respuesta absolutamente concreta —dijo al cabo—. Empiezo a pensar que fue solamente un espejismo. Pero la apreciaba muchísimo; al menos, conmigo, resultó una joven encantadora y llena de gracia y de atractivos. Tal vez ocultó sus defectos… pero lo que sí es absurdo, además de imposible, es especular con lo que habría sucedido, de seguir viva. Hemos de atenernos a la realidad, a lo que ha sucedido y no calcular inútilmente lo que habría podido pasar, si las cosas se hubiesen desarrollado de otro modo. Porque, en este caso, yo no habría venido jamás a Kettmaringen, ¿comprendes?

—Sí —respondió ella.

—Pero ahora volveré y no tendré que preocuparme por esa infernal «Dama de los Cien Cuchillos».

—Van a destruirla…

—Es lo mejor.

A lo lejos se movían las siluetas de un hombre y su perro. Kroft salía de caza, a poner sus cepos. El anciano les vio y agitó la mano alegremente.

—Es otro hombre —dijo Bertha.

—Sí, se ha reconciliado con su familia… Logró movilizar al pueblo y estaban dispuestos a todo. Un buen hombre, no cabe duda.

Ardmore hizo presión con su mano en la de Bertha.

—Volveré muy pronto, apenas me haya descargado del trabajo atrasado. Supongo que te gustará verme de nuevo —dijo.

Bertha sonrió, a la vez que le dirigía una cálida mirada.

—Sí, me agradará verte de nuevo —contestó.

El silbato de la locomotora interrumpió el silencio que reinaba en el ambiente. El tren desfiló detrás del blanco penacho de humo que salía por la chimenea.

No lejos de aquel lugar, se oyeron las risas de algunos chiquillos. Ardmore volvió los ojos hacia Bertha y ella le correspondió de la misma manera.

El miedo había desaparecido de Kettmaringen.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.